



HUELLAS

# LA INEXORABLE POSITIVIDAD DE LA REALIDAD

---

Ejercicios de los universitarios  
de Comunión y Liberación

---

RIMINI,  
DICIEMBRE  
2011

*9 de diciembre, por la noche*

Habéis venido desde Argentina, Austria, Bélgica, Brasil, Nigeria, Rusia, España, Suiza, Uganda, y desde todos los rincones de Italia: es el gesto que expresa más claramente que somos mendigos, que reconocemos nuestra necesidad, una necesidad a la que no somos capaces de responder con nuestras propias energías, con nuestra inteligencia, con nuestros discursos. Es esto lo que ha hecho que nos pongamos en camino llenos de espera: cuanto mayor es la espera, tanto más conscientes somos de nuestra impotencia. Por eso, el único gesto adecuado para comenzar, llenos como estamos de una espera sin límite, es gritar, pedir al Espíritu de Dios, al Único que puede responder adecuadamente a esta espera.

*Desciende Santo Espíritu*

«¿Dónde está la Vida que hemos perdido viviendo?»<sup>1</sup>, se pregunta Eliot en los *Coros de “La Piedra”*. Casi sin darnos cuenta, perdemos la vida viviendo. Nos damos cuenta de lo que hemos perdido únicamente cuando sucede algo que nos hace conscientes, pues de otro modo, podríamos continuar casi sin darnos cuenta. Ciertos hechos que han sucedido recientemente han hecho que muchos de nosotros seamos conscientes de esto: la muerte de nuestro amigo Bizzo, al igual que la crisis, o la enfermedad de padres o de amigos, nos han hecho más conscientes que nunca de lo distraídos que estábamos; estamos perdiendo la vida sin darnos cuenta siquiera de ello.

«La muerte de Giovanni – dice uno de vosotros – me ha arrancado de una distracción impresionante, y mirando los hechos que sucedían en aquellas horas reconocía que aunque aquello que había sucedido me encogía el estómago y me hacía llorar, era de nuevo el camino que me permitía volver a comprender lo que vale en la vida. Los hechos a los que

<sup>1</sup> T.S. Eliot, “Coros de ‘La piedra’”, en *Poesías Reunidas 1909/1962*, Madrid, Alianza 1995, p. 169.

me refiero son éstos: los testigos. En esos días tuve la fortuna de poder mirar a personas que han sido de verdad testigos de lo que supone vivir ante un hecho así: mi novia, los padres de Giovanni». O como dice otra carta: «Estos días tengo delante la muerte de Bizzo, la enfermedad, he descubierto que uno de mis mejores amigos tiene un tumor. Desde que han sucedido estos hechos, ya no consigo contentarme con vivir como si nada existiese, y no puedo evitar levantarme por la mañana, rezar el *Angelus* y pedir comprender el significado de todo». O también otra persona, que dice que se ha despertado en ella una pregunta enorme y abierta ante todo. Y podría hacer un elenco sin fin de muchas de vuestras contribuciones que testimonian esto.

Pero, ¿qué demuestra el hecho de que nosotros hayamos sido despertados de nuestra distracción mortal? Que estábamos adormecidos – ¡es simple! –, que vivíamos superficialmente, que nuestra vida era plana, gris, y que habíamos caído en esta situación sin darnos cuenta de ello. Por eso se entiende muy bien la frase de Eliot: «¿Dónde está la Vida que hemos perdido viviendo?».

Es la dramática situación que describe un personaje de Graham Greene en *El fin de la aventura*, cuando dice: «Para mí el presente nunca es ahora»<sup>2</sup>. ¡Es terrible! Esta es la característica del mundo moderno del que formamos parte, como nos recuerda Péguy: «El mundo moderno realiza una inmensa y total descarga del presente»<sup>3</sup>, y por eso siempre estamos “fuera”. Y como describe Pascal: «No nos atenemos jamás al momento presente. Nos anticipamos al porvenir como que viniera lentamente [...]; o nos tornamos al pasado para detenerlo, como (si se nos escapara) demasiado rápido: tan imprudentes que andamos errantes en los tiempos que no son nuestros, y no podemos nada en el único que nos pertenece [...]. Es que el presente, de ordinario, nos lastima. Lo ocultamos a nuestra vista, porque nos aflige; y si nos es agradable nos lamentamos al verlo escapar. Tratamos de sostenerlo en el porvenir, y pensamos en disponer las cosas que no están en nuestro poder para un tiempo al que nosotros no tenemos seguridad alguna de llegar»<sup>4</sup>. Por eso siempre estamos “fuera”:

«¡Oh sol adorable!, has derramado tus rayos en una habitación vacía: el dueño de la casa siempre estaba ausente»<sup>5</sup>, escribe Ibsen.

Pero ahora nos hemos dado cuenta, todos somos conscientes. De alguna manera, el impacto de la situación que estamos viviendo nos pone a todos ante una decisión. Como decía uno de vosotros: «Todo lo que he descubierto en estos días me pone delante de la decisión de mirar mi distracción», porque, una vez que la hemos descubierto, podemos empezar a huir ante lo insostenible que nos resulta, pero es como si la vida apremiarse cada vez más.

Este verano, uno de nuestros amigos citó un monólogo de Gaber en el que el cantautor recuerda su propia historia; cada uno puede describir la suya con otros rasgos, según su propia experiencia. Gaber dice: «Unos eran comunistas porque pensaban que podían estar vivos y ser felices solo si lo eran también los demás. Otros eran comunistas porque necesitaban un impulso hacia algo nuevo, porque estaban dispuestos a cambiar cada día, porque sentían la necesidad de una moral distinta. Porque tal vez era solo una fuerza, un vuelo, un sueño, era solo un impulso, un deseo de cambiar las cosas, de cambiar la vida». Es como si este impulso inicial no hubiese sido capaz de responder a toda la espera, y entonces se pregunta: «¿Y ahora?». Cada uno puede decir cómo ha respondido la propia esperanza, qué intentos ha hecho, qué impulso ha tenido – es imposible que uno esté en la vida y no haga algo, no decida algo, no corra un riesgo –, pero en un momento dado, delante del presente, surge la pregunta seca de Gaber: «¿Y ahora?». Con todo esto que hemos hecho... «¿Y ahora?»<sup>6</sup>.

Sea cual sea la respuesta que demos a esta pregunta, si uno es leal consigo mismo no puede dejar de descubrir la espera como definición del instante que vive. Por eso el comienzo de este gesto está lleno de espera: «El inicio – dice don Giussani – [...] está en la tierra, cuando todo está determinado por la espera. [...] La espera es el lugar de quien tiene hambre y sed»<sup>7</sup>. Lo que me define más que cualquier otra cosa, incluso

5 H. Ibsen, *Peer Gynt*, atto V, Einaudi, Torino 1959, p. 131.

6 G. Gaber-S. Luporini, «Qualcuno era comunista», del Cd *Il teatro canzone*, Carosello Records, Distr. Dischi Ricordi (1992).

7 L. Giussani, «La densidad del instante», en *Huellas-Litterae Communionis*, n. 9, noviembre 1997, p. 4.

2 G. Greene, *El fin de la aventura*, Andrés Bello, Santiago de Chile 1992, p. 55.

3 Ch. Péguy, *Cartesio e Bergson*, Milella, Lecce 1977, p. 236.

4 B. Pascal, *Pensieri*, Città Nuova Editrice, Roma 2003, pp. 88-89.

más que mis errores, que el tiempo que he perdido, que lo que me ha sucedido, que cómo estoy ahora, que el estado de ánimo en el que me encuentro, es que en lo más profundo de mi ser, por lo menos como deseo, como deseo de desearla, tengo esta hambre, esta sed de una plenitud para mi vida. He aquí el valor del instante: todo se juega ahora, en este instante, delante del reconocimiento del hambre y de la sed, porque fuera de este instante no hay nada. El sentimiento que domina el instante es precisamente la espera. Y si nosotros tenemos este instante de ternura hacia nosotros mismos, si nos miramos con esa ternura con la que cada uno desea ser mirado, no podemos dejar de reconocer el deseo de ser abrazados con toda nuestra espera. Por eso dice don Giussani: «Para vivir el instante debes acogerlo y abrazarlo»<sup>8</sup>, abrazar algo que no es tuyo, abrazarlo para que la vida sea tuya.

Al empezar este tiempo de Adviento, me venía a la cabeza el ejemplo de san Pablo. Nosotros no estamos solos con nuestra espera. Como decía san Pablo: «Yo lo persigo, a ver si lo alcanzo como yo he sido alcanzado por Cristo»<sup>9</sup>. Esta frase sintetiza el camino de este año. ¿Por qué? Porque se ve que ha sucedido algo, que para nosotros, en medio de todo lo que ha sucedido, el cristianismo ha sido una experiencia presente, se ve que algo ha sucedido verdaderamente entre nosotros si, a pesar de nuestra distracción, de nuestra debilidad y de nuestra connivencia, no podemos dejar de reconocer la espera con la que hemos llegado aquí. Justamente por lo que hemos vivido juntos, hemos llegado con un deseo aún mayor, esperando una respuesta, una plenitud que ya hemos empezado a entrever: la espera es como la clave del acontecimiento de lo que estamos viviendo.

Lo cuenta con mucha sencillez un alumno de Bolonia de primer curso: «Para mí, encontrar el movimiento ha significado encontrar una familia, un lugar en el que puedo vivir sin censurar nada de mi persona. Cuando he conocido a la gente de CL, ha sido la primera vez que he visto el cristianismo como una presencia que me implica, que me arrastra, verdadera, real, tangible, que ha aferrado mi vida, una compañía indispensable para cada momento del día, y he decidido participar en

los Ejercicios con este espíritu: tratar de entender la naturaleza de esta belleza, que me ofrece la gran oportunidad de dar un sentido a cada gesto que hago y a cada circunstancia de mi vida. Estoy seguro de que no existe una amistad más grande que esta». Lo que suscita la espera es un hecho, como en san Pablo: «Yo lo persigo» para comprenderlo cada vez más, «yo que he sido alcanzado por Cristo»<sup>10</sup>. ¿En qué puedo ver que he sido aferrado? Como dice nuestro amigo, aunque con otras palabras: por el hecho de que descubre en sí mismo este deseo de comprender la belleza que ha encontrado. Él reconoce que Cristo ha sucedido, que Cristo es algo que está sucediendo ahora por la espera que suscita.

Por tanto, podemos empezar estos días de Ejercicios llenos de estos deseos, y con la conciencia de nuestra pobreza. Nos sirven de consuelo las palabras de un hombre grande como san Bernardo: «A menudo pienso en el ardiente deseo que los patriarcas tuvieron de la presencia carnal de Cristo, y entonces experimento en mí humillación y vergüenza». Nadie debe escandalizarse de que también nosotros podamos sentir esta humillación y esta vergüenza: «Me entran ganas casi de llorar – continúa san Bernardo – si pienso con dolor en la frialdad y la indiferencia de esta edad nuestra mezquina. ¿Quién de nosotros experimenta, cuando Él se nos muestra por gracia, una alegría tan inmensa como la que encendía los corazones de nuestros santos antepasados por la promesa de Su encarnación? Pensad cuántos se alegrarán por Su nacimiento, que nos disponemos a celebrar. Ojalá se alegrasen verdaderamente por Su nacimiento. Pero esto enciende en mí un ardiente deseo y un sentimiento de espera confiada»<sup>11</sup>.

Esto es lo que debemos pedir ya desde esta noche: que podamos vivir estos días con la tensión de aferrarle, llenos de la espera que han despertado en nosotros los distintos acontecimientos que nos han sucedido, y que esta espera se convierta en petición.

Siendo conscientes de lo grande que es nuestra fragilidad, pidamos al Señor que no permita que decaiga este deseo, este impulso, esta espera. Sostengámonos mutuamente, dando testimonio de que somos de verdad

<sup>8</sup> *Ibidem*, p. 5.

<sup>9</sup> *Fil* 3,12.

<sup>10</sup> *Ibidem*.

<sup>11</sup> Cf. San Bernardo de Claraval, «Sermone II» en *Del dovere di amare Dio e Sermoni sul Cantico dei Cantici*, Utet, Torino 1947, p. 77.

amigos, no cómplices, y de que no tenemos otro deseo que el de vivir a la altura de lo que somos, el de estar presentes ante nosotros mismos.

Por esto mismo, el primer gesto que nos pedimos para ser verdaderamente amigos, para ayudarnos a no vivir también estos días «ausentes», es el silencio. Por lo menos durante algunos momentos podremos estar presentes ante nosotros mismos. Tenemos mucho tiempo para hablar entre nosotros, pero por lo menos démonos aquí la ocasión de gozar del espacio que damos a Cristo, porque el silencio, amigos, brota delante de una Presencia. Es Su presencia la que nos llena de silencio. Para comprender qué es el silencio, intentad recordar cuándo os ha sucedido algo que os ha dejado sin palabras. El silencio: pero no es un silencio vacío, porque está lleno de una Presencia que te deja sin palabras. El silencio cristiano está lleno de este acontecimiento, nace del acontecimiento de Su presencia, es un silencio que tiende al trabajo, al reconocimiento; no es un silencio vacío, sino que es un silencio que abre, que pone en movimiento para comprender, para reconocer, para trabajar sobre lo que se nos dice, para que podamos volver a casa con una certeza mayor, con una claridad mayor que no sea barrida por la primera brisa o el primer contratiempo, como nos sucede muchas veces (es tan superficial que, al primer «discorde acento»<sup>12</sup>, todo desaparece). Sostengámonos mutuamente en este silencio y en este trabajo.

12 G. Leopardi, «Sobre el retrato de una bella mujer», en *Poesía y prosa*, Alfaguara, Madrid 1990, p. 229.

10 diciembre, por la mañana

### 1. LA URGENCIA DE LA VIDA

«Bastaría solamente con volver a ser niños y recordar... / Y recordar que todo nos es dado, que todo es nuevo y está liberado»<sup>13</sup>, pero todos hemos visto en estos últimos tiempos que esto no se puede dar por descontado. Todos hemos percibido – y este es el punto sobre el que quisiera detenerme – la urgencia de la vida.

Estoy verdaderamente sorprendido por el desafío que ha supuesto para todos nosotros la Jornada de apertura de curso, en la que hemos retomado el capítulo décimo de *El sentido religioso*, o el manifiesto sobre la crisis, que no era sino un ejemplo de la positividad de la realidad, posible incluso ante una circunstancia como esta, y que se ha vuelto todavía más intenso ante la muerte de nuestros amigos Bizzo y Marco. Es como si muchas palabras que hemos leído devotamente durante años en el capítulo décimo, se hubiesen visto desafiadas por las circunstancias, y esto hubiera hecho surgir nuestro malestar, el desafío que estas palabras significaban verdaderamente para nosotros; hemos percibido la urgencia de reconocer, de palpar la verdad de estas palabras.

«El hombre que busca vivir solo de forma positivista, en lo calculable y en lo mensurable, al final queda sofocado»<sup>14</sup>: con estas palabras ha identificado recientemente el Papa la situación urgente a la que estamos llamados a responder para salir de este ahogo en el que muchas veces nos encontramos viviendo. Estas palabras identifican hasta el fondo lo que está en cuestión: nuestra relación consciente, constructiva, completa y satisfactoria con la realidad. Este es el desafío, porque lo que sale perjudicado es nuestra relación con la realidad, como identificaba con agudeza María Zambrano: «Lo que está en crisis es este nexo misterioso que une nuestro ser con la realidad, algo tan profundo y fundamental que

13 C. Chieffo, «Amare ancora», en *Cancionero*, Comunión y Liberación, Madrid 2007, p. 318.

14 Benedicto XVI, *Discurso a los participantes en la Asamblea Plenaria del Consejo Pontificio para los laicos*, Ciudad del Vaticano, 25 de noviembre de 2011.

es nuestro íntimo sustento»<sup>15</sup>. Todo nuestro malestar, nuestra urgencia, toda la dificultad y el ahogo que vivimos emergen porque está en crisis nuestro nexos, nuestra relación con la realidad.

Pero, ¿qué quiere decir relación con la realidad? ¿Es un problema de valentía? ¿Se trata acaso de vivir con más energía, de tener algo más de énfasis o de impulso? ¿Es un problema de carácter, de temperamento, de optimismo? Evidentemente no, porque cualquier impulso se agota en menos que canta un gallo, y si «un disorde acento / hiere el oído, en nada / tórnase el paraíso en un momento»<sup>16</sup>. Todos lo hemos visto, es más, lo vemos cada día: si fuese simplemente un problema de energía, un instante después volveríamos estar como al principio. Por eso, don Giussani y el Papa insisten en que lo que está en juego es un uso verdadero de la razón, es decir, que en la relación con la realidad pueda cumplirse la naturaleza de la propia razón, para percibir la realidad con todo su alcance y su auténtico significado. Como dijimos en la Jornada de apertura de curso, de esto depende el equilibrio último de la vida: la razón es la dimensión que caracteriza la relación humana con todo, la razón es la transparencia de la realidad que emerge en la experiencia, es el «baño de luz»<sup>17</sup>, – dice don Giussani – en el que la realidad se muestra en su significado.

Entonces, solo si aprendemos a utilizar bien la razón podremos comprender el título de nuestros Ejercicios: «La inexorable positividad de la realidad».

¿A qué nos referimos cuando hablamos de positividad de la realidad? La inexorable positividad de la realidad no tiene nada que ver con trucar las cartas, con una visión optimista a ultranza, con “ver lo positivo”, sino que tiene que ver con la naturaleza misma de la realidad, con su tejido original, y por tanto con un uso verdadero de la razón.

Veamos ahora, en este breve vídeo, cómo aparece la realidad ante una mirada atenta.

### Proyección<sup>18</sup>

*Desde hace más de 30 años saco fotografías time-lapse de las flores, sin interrupción, 24 horas al día, siete días a la semana. Y ver cómo se mueven es una danza que nunca me cansará. Su belleza nos sumerge en los colores, en el gusto, en el placer del tacto, y nos procura un tercio del alimento que comemos. Belleza y seducción son el instrumento de la naturaleza para la supervivencia, porque nosotros protegemos aquello de lo que nos enamoramos. Nos abre el corazón y nos hace darnos cuenta de que somos parte de la naturaleza, no estamos separados de ella. Vernos a nosotros mismos en la naturaleza nos pone también en contacto a los unos con los otros, porque está claro que todo está conectado, es una sola cosa. Cuando la gente ve mis fotografías, a menudo dice: «¡Oh, Dios mío!». ¿Os habéis preguntado alguna vez que quiere decir? «Oh»: quiere decir que ha atraído tu atención, que te hace estar presente, atento. «Mío»: quiere decir que ha tocado algo en lo profundo de tu alma, crea una apertura para que tu voz interior pueda erguirse y dejarse escuchar. ¿Y «Dios»? Dios es ese viaje individual que todos queremos hacer, que nos ofrece inspiración, que nos hace sentir que formamos parte de un universo que celebra la vida. ¿Sabíais que el 80% de las informaciones que recibimos nos viene a través de los ojos? Si comparáis la energía de la luz con la escala musical, el ojo desnudo podría ver únicamente una octava, la central. ¿No estamos agradecidos por nuestro cerebro, que capta el impulso eléctrico que viene de la energía de la luz para crear imágenes de forma que podamos explorar el mundo? ¿Y no estamos agradecidos por tener un corazón que puede sentir estas vibraciones que nos permiten sentir el placer y la belleza de la naturaleza? La belleza de la naturaleza es un don que cultiva el aprecio y la gratitud. Entonces yo tengo un don que quiero compartir con vosotros hoy, un proyecto que estoy llevando adelante y que se llama la “felicidad revelada”. Esa perspectiva abrirá en nosotros una grieta desde el punto de vista de una niña y de un anciano.*

15 M. Zambrano, *Hacia un saber sobre el alma*, Alianza, Madrid, 1993, p. 104.

16 G. Leopardi, «Sobre el retrato de una bella mujer», en *Poesía y prosa*, op. cit., p. 229.

17 L. Giussani, *Si può (veramente!?) vivere così?*, Bur, Milano 2011, p. 80.

18 L. Schwartzberg, «Nature. Beauty. Gratitude», transcripción del vídeo de youtube [http://www.ted.com/talks/louie\\_schwartzberg\\_nature\\_beauty\\_gratitude.html](http://www.ted.com/talks/louie_schwartzberg_nature_beauty_gratitude.html), URL consultado el 21 de diciembre 2011, traducción nuestra.

**Niña:** *Cuando veo la tele, solo veo espectáculos, escenas de mentira, pero cuando vas a explorar te viene más imaginación de la que tenías antes. Y cuando tienes más imaginación te entran ganas de ir más allá – más al fondo –, y así ves más cosas que son bonitas, por ejemplo un camino que podría llevar a una playa o algo bonito*

**Anciano:** *Tú piensas que este es solo otro día en tu vida; pero no es tan solo otro día, es el único día que se te ha dado hoy. Se te ha dado, es un don. Es el único don que tienes aquí y ahora, y la única respuesta apropiada es el agradecimiento. Si no haces otra cosa que cultivar esa respuesta al gran don de este día único, si aprendes a responder como si fuese el primero y el último día de tu vida, entonces habrás gastado este día muy bien. Comienza abriendo tus ojos y sorprendiéndote por el hecho de que tienes unos ojos que abrir. Esos rayos increíbles de colores que se nos ofrecen continuamente para nuestro puro disfrute. ¡Mira el cielo! ¡Es tan raro que miremos el cielo! Es raro que percibamos lo distinto que es un momento de otro con el ir y venir de las nubes. Solo pensamos en el tiempo que hace, pero ni siquiera del tiempo que hace percibimos sus variaciones sutiles, solo pensamos si hace bueno o malo. Este día, ahora, el tiempo que hace es único, tal vez nunca será exactamente como hoy, esa formación precisa de las nubes no sucederá nunca como sucede ahora. ¡Abre los ojos y mira! Mira el rostro de las personas con las que te encuentras. Cada uno tiene una historia increíble detrás de su rostro. Una historia que nunca podrías sondear hasta el fondo de verdad. No solo su historia, sino la de sus antepasados. Todos tienen una historia antigua. Y en este momento, en este día, toda la gente con la que te encuentras, toda la vida de todas las generaciones desde innumerables lugares en todo el mundo, se reúne en un flujo único y sale a tu encuentro aquí como un agua que te da vida con solo abrir el corazón y beber. Abre el corazón a los dones increíbles que nos da la civilización: con solo girar un interruptor aparece la luz eléctrica, con solo abrir el grifo sale el agua caliente, el agua fría y el agua potable. Es un don que nunca experimentarán millones de personas en el mundo. Son solo algunos de los innumerables dones a los que podemos abrir el corazón. Te deseo que abras el corazón a todas estas bendiciones, que dejes que fluyan a través de ti. Que cada persona con la que me encuentres hoy sea bendecida por ti, aunque solo sea por tu mirada, por tu sonrisa, por tu contacto, por tu presencia. Que el agradecimiento se desborde en una bendición a tu alrededor, y entonces será de verdad un buen día.*

Se abriésemos los ojos como el anciano de este vídeo y mirásemos la realidad como algo dado, tendríamos esta impresión. ¿Cuál ha sido la estructura de nuestra reacción? Casi sin darnos cuenta, lo que hemos visto ha atraído toda nuestra atención, algo ha tocado la profundidad de nuestra persona. Estamos agradecidos, sorprendidos por el hecho de que nuestros ojos se han abierto a la realidad, agradecidos por tener unos ojos que abrir; la belleza de la naturaleza es un don que nos llena de gratitud (es la mirada del niño que contempla todo como algo dado). Por eso – dice don Giussani – la realidad de nuestra persona hace claramente experiencia de algo ante lo que no puede negar el homenaje de la propia voluntad y del propio reconocimiento, hace experiencia de la belleza del don, del don como un bien. Escribe Lévinas: «El Bien [...] se ha adueñado del sujeto antes de que el sujeto haya tenido el tiempo – o sea, la distancia – necesario para la elección. No hay sometimiento más completo que esta emoción que el Bien suscita de improviso: una elección, sin duda»<sup>19</sup>. Es como ser aferrados por este bien, por este don: en primer lugar nos vemos aferrados y llenos de asombro, luego nos damos cuenta; en la experiencia de ser aferrados podemos conocer de verdad: solo el asombro conoce.

Por eso, «ser razonables significa reconocer lo que ocurre en la experiencia. Y ante la experiencia la realidad surge como positividad»; don Giussani dice que «es tan positiva la realidad que brota en la experiencia, que inexorablemente aparece como algo atractivo»<sup>20</sup>. Nosotros reconocemos que hemos sido aferrados por este atractivo, casi a pesar de nosotros mismos, y que no podemos negar a la positividad de la realidad el homenaje de nuestro reconocimiento (habría que separarse para negarlo). Por tanto, la inexorable positividad de la realidad tiene que ver con su misma naturaleza, con su tejido original, con un uso verdadero de la razón y por tanto con la religiosidad, siendo la religiosidad el reconocimiento del Misterio implicado en la realidad, como origen y significado de ella. La religiosidad, por tanto, coincide con el vértice de la racionalidad, por el que el obstáculo a ella no es la falta de una cierta sensibilidad o inclinación, no es la falta de temperamento o de energía, sino que se trata de una parcialidad en el uso de la razón, es decir, el prejuicio positivista.

<sup>19</sup> Cfr. E. Lévinas, *Umanesimo dell'altro uomo*, Nuovo Melangolo, Genova 1998, p. 119.

<sup>20</sup> L. Giussani, *Los jóvenes y el ideal. El desafío de la realidad*. Encuentro, Madrid 1996, p. 118.

¿Dónde está el obstáculo? ¿Qué es lo que impide a la razón ser ella misma, es decir, ser conciencia de la realidad según la totalidad de sus factores, y de realizar el recorrido desde el manantial hasta la fuente? La cerrazón, la traición más decisiva y grave de la razón no tiene que ver con la capacidad de desarrollo lógico, sino que se sitúa al comienzo, en el primer y continuo impacto con la realidad: se trata de una traición que constituye una deslealtad. Nuestra actitud está llena de una deslealtad característica del comienzo de la modernidad, que «radica – dice don Giussani – en una posibilidad permanente del alma humana, en la triste posibilidad de faltar al compromiso auténtico, al interés y la curiosidad hacia lo real en su totalidad»<sup>21</sup>. Es como si nosotros, cuando se imponen ante nuestros ojos el dato y el bien, bloqueásemos en un momento dado nuestro ímpetu humano, despertado por el atractivo de la realidad, por esa falta de interés y de curiosidad.

Lo hemos visto también en el vídeo: en un momento dado, el autor no es capaz de hacer todo el recorrido y, después de haber dicho, descrito y sorprendido toda la belleza de la realidad, cuando debe dar el último paso, es decir, «Dios», no es capaz de reconocerlo y lo reduce a un «viaje individual», no lleva a cabo el reconocimiento último, sin el cual todo está destinado a ser nada.

Aquí se pone de manifiesto el prejuicio positivista, que es como un virus que se respira en el aire, y que hace que no nos sorprendamos por el ser de las cosas. Nuestra razón no es débil porque sea incapaz de desarrollar demostraciones y cálculos, sino porque está privada de la capacidad de asombro, de vivir el impacto ante el Ser, ante la Presencia. Si yo reconozco que la realidad es dada, si no la doy por descontado, ella, por el hecho de que existe, grita Alguien distinto de ella misma. No hay que hacer nada. No es un problema de deducción nuestra: la realidad urge, por el mismo hecho de existir, algo distinto como explicación adecuada de su ser. No es un añadido nuestro, no depende de nuestro estado de ánimo o de lo que pensamos. Esto nos cuesta muchísimo, y es como si no fuésemos capaces de percibir el carácter de acontecimiento de la realidad, es como si tuviésemos una razón discapacitada, incapaz de reconocer el

origen de esa realidad que nos encontramos delante, porque nos saltamos el primer punto: la existencia de la realidad, el impacto que sentimos ante la presencia misma de la realidad. Esta es la deslealtad que nos acompaña desde el origen de la modernidad: damos por descontado el impacto ante la presencia misma de la realidad, y de este modo dependemos de nuestros sentimientos.

La realidad constituirá siempre, para cada uno de nosotros, este desafío, sean cuales sean nuestros pensamientos o la forma de acercarnos a la realidad; la realidad reclama con urgencia – por el mismo hecho de existir – una explicación exhaustiva. Como describe Giussani: «También los cielos y la tierra que están ahí desde hace millones de siglos son un acontecimiento, un acontecimiento que está sucediendo de nuevo hoy todavía, en cuanto que su explicación no puede alcanzarse hasta el fondo. Entrever en la relación con cada cosa algo diferente significa que la misma relación es un acontecimiento; y si el hombre no mira el mundo como “dato”, como acontecimiento, es decir, a partir del gesto contemporáneo de Dios que se lo da, el mundo pierde toda su fuerza de atracción, de sorpresa y sugerencia moral, esto es, su capacidad de sugerir la adhesión al orden y al destino que tienen las cosas. [...] Todas las “realidades” tienen como denominador común el hecho de que el hombre no puede explicárselas en última instancia, no puede definir las hasta el fondo. Por eso, se puede caracterizar el acontecimiento como el brotar en la experiencia de algo cuyos factores no pueden analizarse en su totalidad, algo que lleva en sí mismo un punto de fuga hacia el Misterio y que mantiene la referencia a una incógnita [...]. “Acontecimiento” indica, pues, lo contingente, lo aparente, lo que puede experimentarse en tanto que aparente, lo que ha nacido del Misterio como un dato, no en el sentido científico, sino en el sentido profundo y original de esta palabra: “dato”, lo que es dado. Acontecimiento es, por consiguiente, un hecho que surge en la experiencia revelando el Misterio que lo constituye»<sup>22</sup>. Por tanto, cuando decimos que la realidad es positiva, hablamos de su naturaleza, de su ontología, que nunca debe darse por descontada, como si fuese una doctrina a aceptar mecánicamente, sino

21 L. Giussani, *Por qué la Iglesia*, Encuentro, Madrid 2004, p. 50.

22 L. Giussani-S. Alberto-J. Prades, *Crear huellas en la historia del mundo*, Encuentro, Madrid 1999, pp. 25-27.

que debe ser siempre descubierta y verificada en la experiencia. Pero «la cultura dominante de hoy ha renunciado a la razón para conocer, para reconocer la evidencia con la que la realidad se propone a la experiencia, es decir, su positividad evidente. Y ha renunciado al afecto a la realidad, al amor a la realidad, [...] porque para reconocer la realidad tal y como surge en la experiencia es necesario aceptar el impacto que se recibe de ella. El hombre no acepta la realidad tal como aparece, y quiere inventarla a su modo, quiere definirla a su gusto, quiere darle el rostro que él quiere»<sup>23</sup>.

En esta situación, se entiende perfectamente la relevancia histórica de la batalla que Benedicto XVI está llevando adelante – ante la indiferencia general – por la defensa de la verdadera naturaleza de la razón, por “ampliar” la razón, por una «razón abierta al lenguaje del ser»<sup>24</sup>. También nosotros, muchas veces, ante el rostro contradictorio de la realidad, somos incapaces de mirarla así, somos como el niño que es llevado por sus padres a *Disneyland* – ponía este ejemplo hace poco –. Podemos imaginárnoslo fácilmente lleno de asombro por las atracciones que ve y con las que se puede divertir. Si estamos atentos a sorprender sus reacciones, también nosotros nos quedamos impresionados por la fascinación que la realidad es capaz de provocar en él: todo se percibe como positivo. Pero si, por un despiste, el niño se aleja de sus padres y se pierde en medio de la multitud, todo adquiere otro sabor; la realidad es la misma que antes, pero cambia la percepción de ella, ya no la siente como amiga, sino como amenazante y hostil. Lo único que puede restituirle la verdadera percepción de la realidad será encontrar a sus padres.

Es lo que demuestra la historia del pueblo de Israel, como hemos recordado recientemente: este pueblo ha podido mirar la realidad, también la que resultaba contradictoria, sin sucumbir al maniqueísmo – considerando que una parte era positiva, buena, y la otra negativa, mala – justamente por la compañía del Misterio, que siempre le ha permitido al pueblo de Israel mirar la realidad en su verdad, como documenta la Biblia desde su primera página: «Y vio Dios que era bueno [...] era muy bueno»<sup>25</sup>. Esta

afirmación, repetida hasta seis veces en el primer capítulo del Génesis, expresa la convicción fundamental del pueblo de Israel: la realidad es buena, es más, es muy buena. Y no es la afirmación ingenua de un ignorante que está fuera de la historia real de los hombres y de sus aflicciones. Sabemos perfectamente que estos capítulos no fueron escritos al comienzo de la historia de Israel, sino siglos después, al final de un largo recorrido en el que no se le ahorró sufrimiento alguno, ni siquiera el exilio. Pero precisamente ahí, en el desastre total, es posible escribir de nuevo: «Y vio Dios que la realidad era muy buena».

Por eso, la conciencia de la inexorable positividad de la realidad consiste precisamente en esto: en el reconocimiento de «Dios como autor que afirma la vida humana; porque Dios no abandona la vida después de haberla llamado a ser»<sup>26</sup>. Pero, ¿acaso quiere decir esto que nosotros vemos la realidad como positiva por un prejuicio religioso? Si fuese así, sería un triste consuelo. Nuestra percepción de la «positividad ante la vida, ante la realidad – dice don Giussani –, no la inducimos de la compañía, sino que nos es dictada por la naturaleza», es decir, por el ser de las cosas. «La compañía [como sucede con el niño] hace que nos resulte más fácil aceptar esto»<sup>27</sup>, pero la realidad puede ser percibida como positiva porque “es” positiva.

Nosotros tenemos una dificultad, una debilidad profunda que la Iglesia llama “pecado original”, que nos impide mirar hasta el fondo la realidad tal como es, y por eso ante el rostro de la realidad, a veces contradictorio, no somos capaces de reconocer al Misterio que se esconde detrás de todo lo que existe. Por ejemplo, algunos preguntan: «Pero ante el mal, ante los campos de concentración, ¿podemos decir que la realidad es positiva? ¿Y ante la muerte?».

Pero también aquí nuestra libertad es llamada a ponerse en juego. A propósito de esto, siempre me impresionado mucho un relato de Elsa Morante, en el que se cuenta lo que le pasó a un soldado nazi de las SS. «Había una vez un soldado de las SS que, por los delitos horrendos que había cometido, fue llevado al patíbulo al alba. Le quedaban todavía por recorrer unos cincuenta pasos hasta el lugar de la ejecución, en el mismo patio de la cárcel. En ese recorrido, su mirada se posó por casualidad

23 L. Giussani, *Los jóvenes y el ideal...*, op. cit., p. 120.

24 Benedicto XVI, *Discurso al Parlamento federal*, Berlín, 22 de septiembre de 2011.

25 Gn 1,10.12.18.21.31.

26 L. Giussani, «Con el infinito en el corazón», en *Huellas-Litterae Communionis* n.8 2001, p. II.

27 L. Giussani, *Si può (veramente?) vivere così?*, op. cit., pp. 292-293.

en el muro agrietado del patio, donde había brotado una de aquellas flores sembradas por el viento, que nacen donde pueden y diríase que se alimentan de aire y de polvo. Era una florecilla miserable, compuesta de cuatro pétalos violetas y de un par de hojitas pálidas; pero con aquella primera luz del alba, el soldado vio en ella, con su esplendor, toda la belleza y la felicidad del Universo, y pensó: “Si pudiese volver atrás y detener el tiempo estaría dispuesto a pasarme toda mi vida adorando esa florecilla”. Entonces, como desdoblándose, escuchó dentro de sí su propia voz, pero llena de gozo, limpia, y sin embargo lejana, venida de quién sabe dónde, que le gritaba: “En verdad te digo: por este último pensamiento que has tenido al borde de la muerte, serás salvado del infierno”. Contar todo esto me ha llevado un cierto tiempo, pero allí duró medio segundo. Entre el soldado de las SS que pasaba por en medio de los vigilantes y la flor que se asomaba al muro había todavía más o menos la misma distancia inicial, apenas un paso. “¡No! – gritó para sí el soldado, dándose la vuelta con furia – ¡No voy a volver a caer en ciertos trucos!”, y, como tenía las manos atadas, arrancó aquella flor con los dientes, la arrojó al suelo, la pisoteó y escupió sobre ella»<sup>28</sup>.

No hay mal, no hay situación, no hay debilidad alguna que pueda eliminar definitivamente la libertad. Como dice Giussani, «ningún hecho humano puede atribuirse en su totalidad a meras circunstancias exteriores, ya que la libertad del hombre, aún debilitada, sigue siendo un signo indeleble de la criatura de Dios»<sup>29</sup>. Al igual que para el soldado nazi el drama se planteaba ante el ser de las cosas, en el signo de aquella florecilla, con respecto a los interrogantes que nacen ante Auschwitz y ante la muerte, después de haber palpado toda su contradicción y la de sus contemporáneos, también para nosotros se plantea el mismo drama: «¡No! ¡No voy a volver a caer en ciertos trucos!». Podemos tocar ese «recóndito punto de partida»<sup>30</sup> del que habla la Escuela de comunidad, y no porque la realidad no sea positiva, sino porque hemos decidido no reconocer, no adherirnos a ese atractivo que puede aparecer en la sonrisa de un niño o en una florecilla que nace por casualidad.

28 E. Morante, *La storia*, Einaudi, Torino 1974, pp. 604-605.

29 L. Giussani, *Por qué la Iglesia*, op. cit., p. 51.

30 L. Giussani, *El sentido religioso*, Encuentro, Madrid 2008, p. 176.

Aquí radica todo nuestro drama; por eso una de vosotros se preguntaba: «Pero, ¿desde dónde puedo partir? ¿Cuál es la posición adecuada para no volver a caer en este callejón sin salida que es mi medida? ¿Quién puede ayudarnos en esta situación?».

## 2. SOLO LO DIVINO SALVA LO HUMANO

Solo la presencia de lo divino puede salvar la estatura del hombre y su razón. ¿Cómo podemos saber que esto ha sucedido? Porque lo vemos suceder ante nuestros ojos. Como les sucedió a Juan y Andrés, que reconocieron lo divino entre ellos porque su razón y su libertad se vieron salvadas. Dios, para poder facilitar nuestro camino humano, se ha hecho hombre, atrayendo al “yo” en su totalidad, venciendo la reducción de la razón, la fractura entre el reconocimiento y el afecto; con Cristo se produce el rescate del asombro y de la razón.

¿Cómo se impuso Cristo a la atención de aquellos que se encontraban con Él, que Le escuchaban y que luego Le seguían? Don Giussani nos desafía: «¿Cómo podemos definir el motivo por el que se dice “sí” a Cristo? El motivo para decir “sí” a algo que se introduce en nuestra vida venciendo todos los prejuicios es la belleza: una belleza y una bondad que incluso podemos no saber definir, pero que sentimos como el contenido de nuestra razón para estar de forma adecuada ante la decisión más trascendente que esta tiene que tomar, es decir, la fe, porque la fe nace como reconocimiento de la razón. [...] “Solo el asombro”: es el asombro, como para Juan y Andrés. Esta es la palabra que explica todo lo que decimos acerca del comienzo de la fe. El gesto de la fe tuvo su primer embrión, surgió y se “gestó” en Juan y Andrés (¿qué importancia tiene para nosotros esta primera página del Evangelio de Juan!) debido a una Presencia: una Presencia sugerente, que producía un impacto, que asombraba: “Pero, ¿cómo puede Él ser así?”. Es exactamente lo que dicen las frases que la gente con la que vivimos puede pronunciar, puede verse “obligada” a pronunciar a causa [...] de nuestro testimonio (“¿Por qué están tan contentos?”, “¿Pero cómo puedes estar tan sereno?”)»<sup>31</sup>.

31 L. Giussani, *El hombre y su destino. En camino*, Encuentro, Madrid 2003, p. 144.

Cuenta una amiga nuestra: «Antes de empezar la Academia de Brebra, era una persona que no hacía mucho caso a lo que me rodeaba, no profundizaba en lo que sucedía y no era capaz de discernir qué me gustaría hacer en la vida, así que dejaba que otros decidieran en mi lugar. En cuanto me inscribí en la Academia empecé a conocer gente nueva. Al principio todo me parecía extraño, y no conseguía comprender el sentido de sus acciones (Escuela de comunidad, reparto de manifiestos, asambleas), nunca había visto una cosa igual. Pero luego mi curiosidad fue creciendo, y entonces empecé a identificarme con ellos, empecé a ir yo también a ver esas cosas (por ejemplo, a repartir manifiestos). Me daba cuenta de que haciendo estas cosas era feliz. Estas amistades han hecho cambiar mi modo de pensar, y han abierto mi mente, me hacen preguntarme el porqué de las cosas. He empezado a utilizar la razón de otro modo, y a pensar mucho en todo lo que hago. Gracias a su amistad soy la persona en la que me he convertido ahora. Espero caminar junto a ellos por este camino».

Hoy al igual que hace dos mil años: «Pero ese impacto excepcional, ese asombro inicial, ¿en qué consistía, psicológicamente hablando? El asombro inicial fue un juicio que se convirtió inmediatamente en *adhesión* (como cuando alguien te ve en las colinas del norte de Bérgamo y dice: “¡Qué chica tan guapa!”. Y se te pega. ¿Me entiendes?). Se trató de un juicio que era como el pegamento: *un juicio que les pegaba a Él*. ¡Todos los días les daban varias manos de cola y ya no podían separarse!». Gracias a este juicio, nuestra debilidad y fragilidad son vencidas poco a poco por estas manos de cola de las que no podemos prescindir, de las que no nos podemos liberar. «Y no se trataba de una adhesión sentimental, no era un fenómeno emocional: era un fenómeno de la razón, exactamente igual que esa manifestación de la razón que hace que te pegues a la persona que tienes delante, en cuanto la juzgas digna de estima; al mirarla, nace en ti una estima maravillosa que te pega a ella. No hay en ello ni siquiera una sombra de irracionalidad o de violencia: “Si nos alejamos de ti, ¿dónde vamos a ir? Solo tú tienes palabras que explican la vida”, le dijo una vez Pedro, con el ímpetu que le caracterizaba»<sup>32</sup>.

32 L. Giussani, *El atractivo de Jesucristo*, Encuentro, Madrid 2000, p. 11.

Nada como estas frases describe sintéticamente lo que sucedió: el corazón de Juan y Andrés, «se había topado aquel día con una presencia que correspondía de manera inesperada y evidente al deseo de verdad, de belleza y de justicia que constituía su humanidad sencilla y carente de presunción. Desde entonces, si bien traicionándole y malinterpretándole miles de veces, nunca le iban a abandonar ya, se iban a volver “suyos”»<sup>33</sup>. Como escribe nuestra amiga: «Espero caminar junto a ellos por este camino»; se ha vuelto Suyá.

Nos recuerda Giussani: «En este momento histórico, en el que pesa sobre nosotros una grave responsabilidad de cambio y de ejemplo, es necesario que el sujeto cristiano sea bien sólido. Y el sujeto cristiano es sólido cuando: 1) *es sólido humanamente*, es decir, afirma su propio corazón ante cualquier cosa; 2) *reconoce a Cristo*, sin el cual la afirmación del propio corazón se hace pedazos»<sup>34</sup>. Basta sencillamente con esto: tu corazón y Cristo; para encontrarnos con Cristo solo necesitamos que nuestra humanidad esté necesitada. Como cuenta una de vosotros sobre el amigo chino al que ha conocido recientemente: «Al comienzo de este curso, mientras ayudábamos a los alumnos de primero en las mesas de información, algunos amigos y yo conocimos a un estudiante chino. Vive en Italia desde hace dos años y estudia Matemáticas, como yo. Como llegó sin saber italiano, el año pasado no consiguió aprobar los exámenes y trató de aprender el idioma, que ahora conoce a duras penas. Durante las primeras semanas de clase le invité a comer conmigo, quedando con él en el lugar donde nos encontramos a rezar el *Angelus*. Cuando llegó le expliqué que antes de comer rezábamos juntos. Quiso quedarse, y esbozó al comienzo de la oración una extraña señal de la cruz. Al terminar de rezar, se volvió hacia mí y me preguntó: “Pero, ¿qué habéis dicho?”. Yo creía que me estaba preguntando por los avisos que habíamos dado, y empecé a explicarle, pero me interrumpió y me dijo: “No, ¿qué habéis dicho antes?”. Comprendí entonces que me estaba preguntando por la oración, y descubrí que no sabía nada de Jesús ni del cristianismo. En octubre organizamos un congreso de introducción a la universidad para los alumnos de primero. Decidió venir. Durante la comida del sábado se

33 L. Giussani, *El rostro del hombre*, Encuentro, Madrid 1996, p. 14.

34 L. Giussani, *Una presenza che cambia*, Bur, Milano 2004, p. 369.

dirigió a mí y me dijo: “Mañana hay misa: ¡quiero ir!”. No sé a través de quién se enteró. En cualquier caso, el domingo vino a la iglesia con nosotros. Durante la velada de cantos que hicimos el sábado, mi amigo chino le dijo a la persona que estaba sentada a su lado: “¡Mira Andrea, qué bonito! ¡La vida es bonita!”. Desde el lunes siguiente al congreso ha venido todos los días al *Angelus* y se ha comprado el libro de la Escuela de comunidad. La noche antes de la festividad de Todos los Santos recibí una llamada suya: “Mañana para los cristianos es fiesta. ¡Vamos a misa!”. Al día siguiente fuimos juntos a misa. Me asombró ver que no venía solo para mirar, sino que quería imitar todos los gestos que hacíamos, hasta llegar a arrodillarse durante la elevación del Santísimo. Una noche, mientras íbamos a la Escuela de comunidad, me dijo: “He sabido que hay que inscribirse en la Escuela de comunidad”. Yo, un poco a la defensiva, le dije: “Pero no, mira, no hace falta que te inscribas si quieres venir. Nosotros nos inscribimos pagando una pequeña cuota porque es un gesto sencillo, con el que uno decide sostener la vida del movimiento”. Cuando comprendí que lo suyo no era una acusación, si no más que nada un malestar porque nadie se lo había propuesto, mi reacción fue la de desanimarle, porque pensé para mí: “pero tú, ¿qué sabes del movimiento, de Cristo? ¿Por qué quieres inscribirte?”. La respuesta – totalmente inesperada – fue: “Pero yo pertenezco” [tiene que venir uno de fuera para enseñárnoslo: “Yo pertenezco”]. Después de la Escuela de comunidad me dirigí a él y le pregunté: “¿Por qué quieres inscribirte?”. Con ademán asombrado, casi diría que molesto, respondió: “¿Cómo? Pues para seguir”. Desde hace ya algunas semanas vive en un apartamento con algunos de los nuestros, gente casi desconocida para él. Ha dejado la casa en la que vivió durante un año con otros chicos chinos. Durante una de las últimas Escuelas de comunidad Giacomo dio el aviso de los Ejercicios. Cuando salimos del aula se dirigió a él y le dijo: “Has dado un aviso importante, los Ejercicios espirituales. ¿Qué son?”. Él no había entendido nada, como le suele pasar, pero se había quedado con la palabra “importante”. Al día siguiente comimos juntos y nos preguntó a cada uno si íbamos a estos Ejercicios. A la semana siguiente se apuntó. Hace algunos días nos dijo: “En China tenemos una tradición: creemos que hay años de la suerte. Este año no debería ser uno de ellos, aunque para mí lo es, porque os he conocido”.

Para mí ha sido una verdadera gracia conocerle. Deberías verlo en la universidad, siempre está contento (incluso ante los exámenes, que para él no son nada fáciles, sobre todo por el idioma), completamente aferrado por Algo que para mí está claro que no soy yo, ni tampoco mis amigos».

¿Sabéis cuál es la positividad última de la realidad? Eso que a nosotros nos cuesta reconocer, pero que este chico ha percibido de forma evidente. No es la apariencia, él es consciente de esto: «Completamente aferrado por Algo que para mí está claro que no soy yo»; pasa a través de ella y de sus amigos, pero es Algo distinto: «Cada día necesita venir a saludar a una pobrecilla como yo para contarme lo que hace, y esto llena mi corazón de conmoción. ¿Qué ve de fascinante en nosotros que le llena de una alegría tan grande? ¿Quién eres Tú, que has aferrado así su vida? No pensaba que el último en llegar, el más alejado del cristianismo, pudiera ser una compañía tan grande para mí. Hoy yo también tengo necesidad de verle, no porque deba hacerlo, sino para poder hacer mías las palabras de la liturgia de las Horas del jueves: “Oh Dios, que brille Tu rostro y nos salve”».

El inicio sucede hoy tal cual. ¿Qué es lo que sucede? ¿Cuál es la preocupación de Jesús con los suyos, con los que empiezan a estar con Él? Él empieza a introducirles en una realidad, en una forma de usar la razón que les llena de asombro. Consideremos algún ejemplo: imaginad la sorpresa de los discípulos que vuelven de la misión a la que les ha enviado, y están como “inflados” por lo que ha sucedido; y Él les mira con una ternura infinita: «Los setenta y dos volvieron con alegría, diciendo: “Señor, hasta los demonios se nos someten en tu nombre”. Él les dijo: “Estaba viendo a Satanás caer del cielo como un rayo. Mirad: os he dado el poder de pisotear serpientes y escorpiones y todo poder del enemigo, y nada os hará daño alguno. Sin embargo, no estéis alegres porque se os someten los espíritus [porque esto no os bastará]»<sup>35</sup>. Qué mirada, qué conciencia de lo que es el hombre, qué ternura infinita tiene Jesús cuando dice, antes de que sus amigos se vuelven escépticos incluso ante los milagros que realizan: «No os alegréis por esto, porque esto nunca será suficiente. Alegraos sobre todo porque vuestros nombres están escritos en los cielos, porque habéis sido elegidos, porque sois mis amigos, porque solo yo puedo colmar todo vuestro deseo de plenitud». Cuántas veces habrán

<sup>35</sup> Lc 10,17-20.

tenido dificultad en comprender las palabras de Jesús, cuando expresaba su mirada llena de conmoción ante el misterio del “yo”: «¿De qué le servirá a un hombre ganar el mundo entero, si pierde su alma? ¿O qué podrá dar para recobrarla?»<sup>36</sup>. Nunca se había producido una mirada así sobre el hombre: estando con ellos, Jesús tiene la preocupación de introducirles en una mirada verdadera y plena sobre la realidad: «No estéis agobiados por vuestra vida pensando qué vais a comer, ni por vuestro cuerpo pensando con qué os vais a vestir. ¿No vale más la vida que el alimento, y el cuerpo que el vestido? Mirad los pájaros del cielo: no siembran ni siegan, ni almacenan y, sin embargo, vuestro Padre celestial los alimenta»<sup>37</sup>. Jesús no puede mirar ni siquiera a los pájaros sin reconocer su origen y Quién los mantiene con vida: «¿No valéis vosotros más que ellos? ¿Quién de vosotros, a fuerza de agobiarse, podrá añadir una hora al tiempo de su vida? ¿Por qué os agobiáis por el vestido? Fijaos cómo crecen los lirios del campo: ni trabajan ni hilan. Y os digo que ni Salomón, en todo su fasto, estaba vestido como uno de ellos. Pues si a la hierba, que hoy está en el campo y mañana se arroja al horno, Dios la viste así, ¿no hará mucho más por vosotros, gente de poca fe? No andéis agobiados pensando qué vais a comer, o qué vais a beber, o con qué os vais a vestir. Los paganos se afanan por esas cosas. Ya sabe vuestro Padre celestial que tenéis necesidad de todo eso»<sup>38</sup>. Nuestra preocupación nos consume. Como si pudiésemos, con nuestras preocupaciones, resolver todos los problemas, en vez de hacer todo lo que está en nuestras manos, pero con la certeza – sin la cual seríamos como los paganos – de que Alguien se preocupa por nosotros. Si esta introducción en la realidad, este despertar la razón de los discípulos era decisivo entonces, imaginaos ahora que, como nos recuerda Giussani, «nosotros [...] en el clima moderno hemos sido separados no ya de las fórmulas cristianas [...], no de los ritos cristianos [que podemos seguir haciendo], no de las leyes del decálogo cristiano, directamente. Hemos sido separados del fundamento humano, del sentido religioso. Tenemos una fe que ya no es religiosidad»<sup>39</sup>. Por eso hoy más

36 Mt 16,26.

37 Mt 6,25-26.

38 Mt 6,26-32.

39 L. Giussani, *La coscienza religiosa nell'uomo moderno*, pro manuscripto, Chieti, 21 novembre 1985, p. 15.

que nunca resulta decisivo, urgente, un cristianismo que sea capaz de despertar nuestra razón, nuestra libertad; sin esto permanecemos confundidos como todos.

En cambio, ¿cuál es el signo de que algo está sucediendo entre nosotros? Que podemos estar ante los desafíos más grandes que nos suceden con una capacidad de usar la razón desconocida, incluso ante el desafío más grande para la positividad de la realidad que es la muerte: «El viernes por la mañana Riccardo me dijo: “Esta noche ha muerto Bizzo”. De improviso me di cuenta de que la vida, toda la existencia, es potentemente diferente de mis capacidades. Verdaderamente, mi vida no depende de mí». ¡Por fin una persona que no da por descontado que existe! «Ni siquiera mi deseo, tan grande, de que existan, los mantiene a mi lado. Me di cuenta profundamente de que soy una criatura. Bizzo es una criatura, hemos sido creados. Fui una sorpresa hasta para mis padres. Me he dado cuenta de que todos mis rasgos, mi carácter y mi temperamento les llegaron a ellos de modo imprevisto. Mi ser es una sorpresa incluso para mí, y entonces explotó una pregunta: ¿quién me ha hecho? ¿Quién me ha pensado? Me he tropezado con el hecho de que Alguien, antes de cualquier otro, deseó a Bizzo, y no como una forma de hablar, sino hasta el punto de que lo hizo, lo hizo surgir de la nada, lo hizo ser, le dio vida a los tejidos de su cuerpo, pensó para él un rostro único. Continuamente me viene a la cabeza la idea de que podíamos no estar aquí, y sin embargo, estamos. Y me he dado cuenta de que mi ser, el ser de Bizzo, es el gesto de Alguien, el acto continuo de Otro. Frente a esto, ¿cómo se puede pensar que Quien ha deseado a Bizzo más que cualquier otro, llegado un cierto momento, se haya olvidado de él, no se haya ocupado de él? Así, frente a los que oía decir: “No tiene sentido lo que ha sucedido” [por el rostro con que se presenta la realidad], me salía una rebeldía increíble». ¡Esta es la potencia de Cristo! Una potencia que despierta toda nuestra persona hasta tal punto que cuando uno la percibe reducida experimenta una rebelión increíble: «Tenía ganas de decir: ¿cómo puede ser que El que ha sido fiel a Bizzo más que ninguno de nosotros, más que ninguno de sus amigos, haciéndole ser instante tras instante, se haya olvidado de él? Frente a su cuerpo en el tanatorio me preguntaba: ¿dónde está verdaderamente Bizzo ahora? Por la imponentia con la que me daba cuenta de que somos criaturas, no

podía dejar de responder: “ha vuelto al Padre, a los brazos de su Padre”. En el funeral me conmoví, estaba totalmente herida por el hecho de ser una criatura. Me venía a la cabeza ese pasaje de la Biblia: “Te he amado con amor eterno, he tenido piedad de tu nada”».

Lo que más me impresiona de este testimonio es la mirada que le permite utilizar la razón de este modo, precisamente cuando todo parece derrumbarse. No ha tenido una visión que le haya hecho vivir esto: ha empezado a blandir su razón, mirándose sin dar su vida por descontada, como una criatura, observando su existencia como una sorpresa en absoluto obvia, hasta el punto de reconocer a Alguien que ha deseado que Bizzo viviera, porque la vida es un acto continuo de Otro. Y hasta el punto de percibir en su interior una rebelión cuando alguien trataba de reducir esta evidencia. El cristianismo genera un tipo de hombre así: no un visionario, sino una persona capaz de no reducir la realidad, que se rebela cuando otro la reduce. Entonces uno empieza a comprender que Aquel que tiene la fuerza para generarnos tiene también la fuerza para darnos la vida para siempre.

Y lo que aprendemos con respecto a la razón, lo aprendemos también con respecto a la libertad: «Desafiar las circunstancias – nos dice de nuevo don Giussani – es el contenido de tu relación con Cristo, que coincide con la modalidad de tu relación con el hombre, con el otro»<sup>40</sup>. «La conciencia de la relación con Cristo, de la presencia de Cristo, despierta un arrojo [...], despierta una valentía en la respuesta al desafío de las cosas, despierta un valor en el amor a todas las circunstancias: hace que uno no esquive nada, que no tenga miedo, hace que no esquive sino que juzgue y juzgue por esa caridad que le une a Cristo, por esa gratuidad suprema que es reconocer [...] la presencia de Cristo»<sup>41</sup>. ¿Quién no desea vivir con esta libertad delante de todo, delante incluso del rostro contradictorio de la realidad? Nos lo testimonia otra carta: «Te escribo para darte las gracias por los pasos que me estás haciendo dar en una situación muy difícil para mí. Recientemente me han comunicado que padezco una enfermedad neuro-degenerativa, que antes o después me llevará a perder muchas capacidades físicas y mentales. Al ser una enfermedad genética,

sabía que había muchas posibilidades de estar afectado por ella, y esta condición me ha provocado una inquietud que se ha revelado inesperadamente como algo positivo. Con el miedo que tenía, me he encontrado necesitado de seguir en primera persona el recorrido que nos estás invitando a hacer. Ya no quería vivir pasivamente, y he empezado a intuir que había algo capaz de romper el muro de mis angustias. De este modo, te he seguido como no lo había hecho nunca, es decir, he empezado a querer ver si las cosas que decías aportaban algo verdaderamente nuevo a mi situación. Durante años me había construido una filosofía religiosa, un modelo aparentemente cristiano que pudiese meter todo en un esquema sin mucho trabajo, y que me permitiese creer que siempre estaba en la posición justa. Cuando he empezado a contemplar seriamente la posibilidad de tener esta enfermedad, ha brotado en mí una necesidad visceral que ha hecho saltar por los aires unos esquemas que ya no se mantenían en pie. Ahora quiero verificar verdaderamente, y he tratado de no dar nada por descontado. ¿Y qué otra cosa podía hacer sino estar pegado a esa sobreabundancia de positividad que me llegaba a través de las Escuelas de comunidad y del juicio sobre la crisis? Tengo una necesidad física, visceral, y no puedo acallarla. Si antes miraba con un poco de distancia, con soberbia, las propuestas que se hacían en la universidad, he empezado a tratar de no perderme ningún gesto, porque seguir este camino ha empezado a convertirse en algo verdaderamente satisfactorio. Cuando estaba ya haciendo este recorrido, llegó a través de los médicos la noticia de que estoy afectado por esta enfermedad. Enseguida se ha disparado en mí una pregunta fortísima que no puedo censurar: “¿Puedo, en esta situación, verificar que la realidad es en última instancia positiva?”. He empezado a mirar atentamente cómo vivo los días que pasan. ¡Es increíble lo que me está sucediendo! Me asombro cada vez más por lo que estudio en la universidad, y veo una profundidad nueva en lo que escucho en clase, observo con mayor atención que todo lo que está mi alrededor está lleno de un orden y de una belleza fascinantes. Y me conmuevo por la mirada de mis amigos, porque encuentro en ellos una compañía que supera todos mis cálculos, mis cuentas. Percibo en las cosas una profundidad y una fascinación que no puede ser ensombrecida ni siquiera por la enfermedad, pero no porque yo haya huido de ella, sino porque dentro

40 L. Giussani, *Ciò che abbiamo di più caro* (1988-1989), Bur, Milano 2011, p. 217.

41 *Ibidem*, p. 197

hay verdaderamente algo inmenso, que nada puede esconder. No miro mi enfermedad con desesperación, es más, considerarla seriamente me empuja a no ser falso delante de las cosas, a no razonar con los esquemas del mundo que se revelan inútiles, a buscar a aquellos que verdaderamente me pueden ayudar. Pero, ¿qué es lo que ha permitido todo esto? ¿Cómo es posible que mi mirada no se vea reducida por la fatiga y por el dolor? Veo que las cosas tienen una profundidad y un significado nuevo, incluso cuando son, como sucede con frecuencia, dramáticas. ¿Cómo puede suceder algo así? No se trata de un esfuerzo individual, de un intento de salvar lo salvable, no resistiría así ni un segundo. Sencillamente, me doy cuenta de que amo lo que tengo delante, porque efectivamente hay algo más, algo que sale a mi encuentro [ese bien que se apodera de mí antes que cualquier distancia], que me sacude, me despierta y me llama. ¿Quién me ha dado una razón capaz de percibir las cosas presentes? ¿Quién, a través del desafío que se me ha puesto delante, hace la vida fascinante? Para responder no puedo dejar de mirar mi historia, mis preguntas, esos rostros y esos encuentros que suceden continuamente ante mis ojos, y todo el recorrido realizado siguiéndote en estos últimos meses. Esto es lo que me ha permitido ser consciente de Quién está presente. Me encuentro solo al principio, y no puedo sino seguir con toda mi convicción este camino, partiendo del desafío que tengo ante mí, pues estoy verificando que la sobreabundancia del Misterio me abraza en cada situación. Es maravilloso afrontar todas las cosas de este modo, y es lo que más deseo ahora. Gracias. De verdad, gracias».

Esta es la novedad que introduce Cristo en la vida de cualquiera que esté dispuesto a verificarlo.

Os invito a cada uno a trabajar para poder ir hasta el fondo de las razones que nos hemos dado.

10 de diciembre, por la tarde

*Julián Carrón:* Comenzamos nuestra asamblea. A las preguntas que hacen referencia al trabajo que debemos hacer responderé de forma más extensa en la síntesis de mañana por la mañana, como propuesta para un camino. Ahora trataremos de responder, en cambio, a las preguntas que han surgido con respecto a lo que hemos dicho esta mañana. La primera.

*Intervención:* ¿Qué quiere decir que la espera es la definición del instante que vivimos? A mí me parece que siempre espero algo que sé que existe y que me llena el corazón, pero nunca es ahora, es siempre un momento después.

*Carrón:* ¿Por qué decimos que la espera es la definición del instante que vivimos? La espera es la definición del instante que vivimos porque nuestro “yo” es, estructuralmente, espera de cumplimiento, y si somos verdaderamente nosotros mismos no podemos dejar de reconocer que, sea cual sea el instante que vivimos, existe en nosotros una espera. Lo hemos visto en el primer capítulo de *El sentido religioso*, en donde don Giussani nos habla de la experiencia elemental: se refiere a esas exigencias y evidencias originales (de belleza, de plenitud, de felicidad, de cumplimiento) que constituyen el tejido de nuestro “yo”. Por eso estamos siempre a la espera de nuestro cumplimiento. San Agustín lo resume en una frase conocida por todos: «Nos hiciste, Señor, para Ti, y nuestro corazón está inquieto [está a la espera] hasta que descanse en Ti»<sup>42</sup>. Por eso, sin Aquel que cumple nuestra vida, el instante es tan insoportable que huimos. Pero, ¿a dónde huimos? Habitualmente huimos del presente a través de la distracción. En cambio, si tú estás delante del rostro de tu novio y eres tú misma, ¿necesitas huir? Y, al mismo tiempo, ¿vives o no vives una espera? Para nosotros, estas dos cosas son incompatibles; pero si no existiese esta tensión, querría decir que la persona que tienes

<sup>42</sup> San Agustín, *Confesiones*, I, 1.

ante ti no te interesa. ¿Está claro? Delante de una persona, cuanto más haces la experiencia de que te gusta, tanto más estás a la espera de otra cosa: la espera es siempre la experiencia del instante. Sin estar en tensión hacia este Tú, el instante sería verdaderamente insoportable, y por eso el tejido de nuestro ser hombres consiste completamente – como nos dice don Giussani – en esta espera; estamos hechos de esta promesa, de esta espera. Solo si reconozco esta espera ante el Tú, podré evitar huir al pasado o al futuro, podré estar en mi sitio, presente ante mí mismo, podré evitar lo que decía el personaje ya citado de Graham Greene: «Para mí el presente nunca es ahora»<sup>43</sup> (una experiencia terrible que puede suceder en la vida, una experiencia que pone de manifiesto el hecho de que uno no coincide nunca consigo mismo, que no puede estar nunca hasta el fondo consigo mismo). ¿Comprendéis por qué la gente pierde la cabeza? Porque nunca coincide consigo misma, está siempre inquieta, es como si no viviese nunca un instante de relación verdadera delante de un Tú. Ni siquiera cuando uno se detiene, cuando no hace nada, consigue verdaderamente descansar: preguntaos cuántas veces habéis tenido un instante de descanso verdadero, no falso. Porque este descanso es el objetivo de la espera, un descanso que no elimina la espera, sino que está completamente abierta delante de un Tú al que no posee; y cuanto más se produce el descanso delante de un Tú, tanto más abierto está a algo que no posee todavía, y que le hace vivir siempre en una espera dramática. Pero para nosotros el descanso y la espera están casi en contradicción, y por eso deseamos algo que nos quite la sed, que elimine la espera. Pero así, un instante después, estamos de nuevo desilusionados. ¡Gracias!

*Intervención:* Estudio Arquitectura en Milán. Has hablado hoy del asombro. En el vídeo que hemos visto, el fotógrafo reconoce que toda la realidad es un don, pero no llega a decir Quién nos la da. Si pienso en mis compañeros de clase, me doy cuenta de que también ellos se asombran y van al fondo de las cosas, percibiendo a veces aspectos de los que ni siquiera yo me doy cuenta, pero no sienten la necesidad de reconocer

un significado último. Pero entonces, ¿por qué, además del asombro, es necesario también reconocer el sentido último de la realidad?

*Carrón:* En tu opinión, ¿por qué es necesario reconocerlo? ¿Por qué tú no te contentas, como hacen tus compañeros?

*Intervención:* Porque en mí, después de algún tiempo, el asombro decae, es decir, dejo de asombrarme por las cosas.

*Carrón:* ¿Y por qué deberías asombrarte? Deberíais tener el valor de recorrer el camino de vuestra pregunta hasta el final, para ver a dónde os lleva. Si vosotros no conseguís entender cuál es la razón por la que merece la pena hacer el recorrido en vez de deteneros – como hacen vuestros compañeros –, ¿qué estamos haciendo aquí? ¿Por qué no nos vamos a la playa? Lo digo para ayudarnos a comprender. Si no tenemos razones, estaríamos locos y gastaríamos nuestro dinero, nuestra energía y nuestro tiempo para nada. ¿Por qué nos conviene estar aquí para aprender a no quedarnos en la apariencia? ¿Por qué merece la pena implicarnos en hacer Escuela de comunidad o en participar en una experiencia como la nuestra, si la mayoría de nuestros compañeros vive mejor que nosotros? Pero, ¿es verdad que viven mejor que nosotros, permaneciendo en la apariencia? Cada uno debe medirse con esto. Porque si uno no encuentra las razones de la experiencia que hace, ¿por qué debería hacer lo que hace? Debemos plantearnos estas preguntas. Nosotros no nos detenemos, como el fotógrafo de esta mañana o como muchos de nuestros compañeros, en la apariencia, por la urgencia que experimentamos ante la apariencia. Mira tu experiencia: si te envían un regalo que te llena de curiosidad, ¿acaso no surge en ti la pregunta: «Pero, ¿quién me quiere así?»? Esta pregunta, el deseo de comprender quién te lo ha mandado, ¿es una urgencia que hay en ti, o no? ¿Por qué no te contentas? Si ya te han mandado un regalo, ¿por qué deberías complicarte la vida? Porque el regalo, sin el reconocimiento de la persona que te lo ha mandado, pierde espesor. ¿O no?

Pensemos, por ejemplo, en las felicitaciones de Navidad. A veces las grandes empresas mandan felicitaciones espectaculares para felicitarnos las fiestas, porque tienen dinero y pueden mandárnoslas así. Fotografías preciosas, estupendas, un papel de lujo. Tu amigo, en cambio, te manda

43 G. Greene, *El fin de la aventura*, op. cit., p. 55.

una felicitación muy modesta. Tienes la felicitación grande y espectacular, y tienes la de tu amigo, más modesta: ¿Cuál prefieres?

*Intervención:* La de mi amigo.

*Carrón:* ¿Por qué? Porque la otra está vacía. La pequeña y modesta, en cambio, está llena de significado. La primera parece mucho más – solo aparentemente – ante una mirada absolutamente superficial, ante una mirada que no es humana hasta el fondo, que no es verdadera. Pero, ¿tú crees que habría alguien en el mundo que la prefiriera antes que la otra? Nadie verdaderamente humano se contentaría con la primera, aunque sea aparentemente más bonita, porque está vacía, no tiene nada dentro, no hay un “quién” detrás. El “quién” es solo un “añadido” insignificante. Cuando falta el “quién”, ni siquiera la realidad que parece particularmente atractiva nos interesa. A nosotros nos interesa la realidad por el “Quién”, sin el cual todo carece de espesor.

Esto es lo que nos pasa: vamos detrás de la apariencia, que luego nos deja vacíos (porque no hay nadie detrás). Y cuando nos interesa lo que es más modesto, sencillo, pobre, menos aparente, creemos que vivimos una gran mortificación o que tenemos que añadir algo. Pero las cosas no son así. No somos tontos, precisamente porque sabemos distinguir la apariencia y lo que está vacío de aquello que tiene una densidad, una profundidad, un significado.

Lo que más me impresiona delante de estos ejemplos banales, que podríamos poner todos (como os digo siempre, yo me los pongo para comprender mejor), es que lo que hace que la realidad sea interesante no es lo que aparece, como vemos en este caso, sino el “Quién”, el Misterio que la sostiene, lo que hay detrás. Sin esto, con el tiempo, dejará de interesarnos todo. A través de estos ejemplos, nos damos cuenta de cómo nos gustaría reaccionar ante todo lo que sucede; pero luego, cuando reconocemos que esta es la forma más verdadera de vivir la realidad, pensamos que estamos haciendo algo extraño, complicado, solo para expertos en el tema o para gente motivada. Estamos tan distantes de la experiencia elemental, que no nos damos cuenta de lo que vivimos, y consideramos que una forma (la de quedarse en la apariencia) es más verdadera que la otra, hasta que no la miramos un instante cara a cara y, a través de algún ejemplo banal, empezamos a darnos cuenta de que es exactamente lo contrario. Sin el “Quién”, la realidad no es interesante, ni siquiera la más

bonita. ¿Por qué? Porque, como dice san Agustín, estamos hechos para Él, para ese “Quién” del que está hecha la realidad. ¡Gracias!

*Intervención:* Yo no creo que la realidad sea ontológicamente positiva sin añadir nada; solo dentro de la experiencia yo puedo decir: «Esto que parecía feo es positivo», pero no antes, no a priori.

*Carrón:* ¿Por qué haces esta contraposición entre ontología y conocimiento? ¿Dónde conoces tú la realidad? Tú conoces la realidad en una experiencia. La ontología del amor, ¿dónde la conoces? ¿Estudiando los libros o cuando te sientes amada? Es en una experiencia donde tú comprendes qué es el amor, comprendes qué es el bien; es decir, comprendes cuando estás ante algo que te atrae tanto que tú no puedes dejar de reconocer – como decía Lévinas<sup>44</sup> – este imponerse del bien. ¿Qué es la belleza? ¿Cuándo reconoces que algo es bello? Cuando haces experiencia de lo bello, de lo bonito. Tú eres introducida en la realidad a través de la experiencia. Por eso dice don Giussani en una de las frases que deberíais aprender de memoria – no solo para repetirla continuamente, sino para sorprender su significado en la realidad –: «La experiencia es ese fenómeno en el que la realidad se vuelve transparente»<sup>45</sup>, la realidad se hace transparente en la experiencia, es decir, la ontología de la realidad, la naturaleza de la realidad se vuelve transparente en la experiencia. Esta es la genialidad que ha utilizado el Misterio para hacernos comprender qué es la realidad. No necesitamos ir a la universidad para comprenderlo (durante siglos, muchos millones de personas no han podido asistir a la universidad, pero sabían qué era el amor). El Misterio se ha inventado un método para ayudarnos a todos a comprender, de forma sencilla, cómo son las cosas y qué somos nosotros. Y nosotros comprendemos a través de este camino sencillo que se llama experiencia. El Misterio, para que podamos comprender qué es el amor, en lugar de darnos un curso sobre el amor, hace que tengamos experiencia del amor.

Este es el gran cambio metodológico que nos cuesta comprender, y que ha introducido don Giussani en el primer capítulo de *El sentido religioso*, un cambio de método que lleva a cabo en relación a lo que quiere explicar, esto es, el sentido religioso. Si uno quisiese saber qué

<sup>44</sup> Véase aquí nota 19, p. 13.

<sup>45</sup> L. Giussani, *Los jóvenes y el ideal*, op. cit., p. 118.

es el sentido religioso, dice Giussani, ¿qué haría en primer lugar? Buscaría en un libro que hable de religión o de sentido religioso, navegaría por Internet, hojearía una enciclopedia. Buscaría enseguida algo que le aportara alguna información. Pero, ¿cuál es el problema de este método? ¿Qué problema sigue existiendo, una vez que has leído un libro que habla del sentido religioso? Que debes poder juzgar si lo que te dice es verdad o no. ¿Y cómo puedes juzgarlo? No tienes capacidad para hacerlo sin un método, y entonces tienes que “creer” en lo que te han dicho otros y repetirlo. Don Giussani entró en la escuela diciendo justamente lo contrario: «Yo vengo aquí y desde el principio pongo todas las cartas sobre la mesa: deseo enseñaros un método que os permita discernir si lo que os digo es verdad o no». No quiere convencernos, sino que quiere darnos el método para que nos demos cuenta nosotros mismos. ¿Cuál es este método? Como dice el primer capítulo, «la experiencia». Si quieres comprender qué es el sentido religioso, en lugar de buscar qué dicen Aristóteles, Platón o san Agustín, tienes la experiencia como punto de partida. Es decir, para ayudarte a comprender cuál es la ontología, la naturaleza del sentido religioso, en vez de remitirte a otro lugar, te remite a tu experiencia. Es como si te dijese: «Obsérvate en acción en tu experiencia, porque solo ahí podrás comprender cuál es la naturaleza del sentido religioso, cuál es la ontología del sentido religioso». Este es el método que sugiere para conocer cualquier objeto de la realidad. Pero como no seguimos a don Giussani en esto, siempre estamos empantanosados, faltos de certeza, repitiendo las frases de los demás que nunca llegan a ser nuestras y que no conseguimos comprender, y por eso basta con un soplo para que todo desaparezca, y empezamos otra vez de cero. Si queréis seguir estando así, constantemente en zona pantanosa, seguid como hasta ahora. Pero no estáis obligados a hacerlo, existe una posibilidad distinta que hace del movimiento algo apasionante. Desde el comienzo – como he repetido muchas veces – el movimiento me entusiasmó porque ponía en mis manos un instrumento para comprender no separado de la experiencia, es más, la experiencia es el único instrumento. Puedo decir: «Esto no, esto sí» cuando hago experiencia; no puedo entenderlo antes: «La realidad se hace transparente en la experiencia misma». Por eso, cuando a veces decimos que es algo difícil, es porque invertimos los

términos del método de don Giussani. Si una persona tiene que explicar a otra qué es el amor, ¿necesita que se dé un cierto desarrollo intelectual para hacerse comprender? ¿Acaso necesitan los niños un cierto desarrollo para comprender si son queridos o no, o son capaces de comprenderlo simplemente? ¿Son tontos o entienden? A veces los tratamos como tontos, pero comprenden mucho mejor que nosotros, hasta el punto de que quedan marcados muchas veces por una experiencia negativa o, por el contrario, por una experiencia positiva. Ciertamente, si cambiamos el método necesitamos no sé qué desarrollo intelectual... Pero para comprender qué significa ser amado no se necesita nada extraño. Para comprender la belleza de las montañas, ¿hace falta algo especial? Solo hace falta dejarse tocar por la realidad.

*Intervención:* Estudio Enfermería en Monza. Desde la muerte de mi hermano me he dado cuenta de que la realidad, en última instancia, es positiva: he percibido el amor de mis padres, ha crecido la relación con mis hermanos y amigos, que me desafían continuamente a verificar este juicio en el día a día. Sin embargo, no puedo dejar de decir que percibo la muerte de Matteo como una desgracia, y prescindiría gustosamente del bien de mi madre y de la relación que tengo con los amigos con tal de tener todavía conmigo a mi hermano. Me parece que todos los juicios y las cosas que nacen de la muerte de Matteo, de Bizzo, de la crisis, son tristes consuelos. No comprendo que la realidad pueda ser inexorablemente positiva; inexorable en el sentido de que evite que escapemos, y yo en cambio huyo. No entiendo cómo prevalece esta positividad sobre el hecho de que lo que nos sucede, como la muerte de mi hermano y de Bizzo, es una desgracia.

*Carrón:* ¿Veis qué significa el desafío que nos plantea la realidad? Nosotros no buscamos consuelos cuando suceden estos hechos luctuosos; pero aunque no sucedieran estos hechos, la realidad, por lo que estamos diciendo, por lo que tú dices ahora, por lo que ves y tocas, ¿es positiva o no? Este es el reto que pone ante ti la realidad ahora, como al soldado de las SS. Y este desafío, ¿lo asumes para consolarte o para reconocer algo que existe? Si fuese una creación tuya para consolarte, sería un triste consuelo; sería de idiotas generar un consuelo que no fuera capaz de

consolar. Un consuelo que no nace de un hecho real no consuela, es inútil. La cuestión es si nos inventamos un consuelo, que al final no nos consuela, o si la realidad – como hemos dicho antes – por el hecho mismo de que existe, grita que hay Otro que la está haciendo ahora: por tanto la realidad es positiva. Nosotros decimos que la realidad es positiva no para consolarnos – no sería un verdadero consuelo, como decía antes –, sino que lo decimos por el asombro que produce en nosotros. Don Giussani responde a esta pregunta en el capítulo décimo de *El sentido religioso*: «La religión, ¿nace del miedo o del asombro?». Y afirma: «El miedo aparece en un segundo momento. Tienes miedo de perder algo porque lo tienes». Por tanto, identificar como origen de la religión el miedo es falso. El verdadero desafío para cualquiera es la presencia de la realidad, el asombro que ella despierta en nosotros, el atractivo con el que nos atrae. Justamente porque muchas veces no somos leales – como decía esta mañana – no conseguimos reconocer esto, y cuando sucede un hecho luctuoso pensamos que nos estamos inventando un consuelo.

Debes hacer las cuentas con la realidad tal como aparece ante ti, porque solo esto podrá responder a la muerte de tu hermano. El Señor permite que sucedan estos hechos para que comprendamos que el designio no es nuestro, sino de Otro, y esto para nosotros muchas veces resulta misterioso. Pero precisamente en esto somos desafiados, y podemos verificar cómo vivimos verdaderamente la realidad; si cuando suceden estos acontecimientos nos quedamos sin un punto de apoyo, significa que nos ha hecho entrar en crisis una forma de vivir la relación con la realidad que no es verdadera. Esta es la ocasión positiva para hacernos finalmente la pregunta: «Pero, cuando pienso que la realidad es positiva, ¿lo hago solo para obtener un triste consuelo o es la consecuencia del asombro ante la realidad, que me remite a Otro?». Esta es la pregunta que también tú debes hacerte: ¿esperamos tu respuesta!

*Intervención:* Estudio en la facultad de Medicina de Turín. A pesar de que he comprendido, por su discurso, que es posible reconocer que la realidad es positiva y que, a través del uso de la razón, es posible llegar a Dios, si no tengo una prueba tangible en mi vida no puedo creer. Me encuentro, por ejemplo, con una frase de Singleton, el mayor

estudioso de Dante, que escribe refiriéndose al gran poeta: «Comprendo perfectamente lo que Dante ha vivido, pero a mí nunca me ha sucedido lo mismo».

*Carrón:* ¿Tú crees que tu madre que quiere?

*Intervención:* Estoy seguro de ello.

*Carrón:* ¿De verdad? ¿Me puedes dar alguna prueba tangible de ello?

*Intervención:* No.

*Carrón:* ¿Cómo puedes estar seguro de ello sin una prueba tangible?

*Intervención:* Lo siento.

*Carrón:* Entonces no puedes estar cierto de ello: solo lo sientes; esto no es un juicio, es solo sentimiento. ¿Veis la fractura? «Lo siento». Esta es la máxima certeza a la que llegamos: «Lo siento». Si mañana no lo sientes, tu certeza se derrumba... ¿veis la zona pantanosa en la que nos hallamos? Hemos reducido nuestra certeza a: «Lo siento».

Pero tú, aunque no sintieses que tu madre te quiere y te preguntases: «Pero, ¿me quiere?», ¿podrías responder de forma razonable a alguien que te dice: «El sentimiento no es la prueba de que tu madre te quiere», podrías darle algún signo que te haga estar seguro de que tu madre te quiere, o no?

*Intervención:* Sí.

*Carrón:* ¿Por ejemplo?

*Intervención:* El comportamiento de mi madre...

*Carrón:* ¿Qué es el comportamiento de tu madre? Te estoy pidiendo pruebas tangibles...

*Intervención:* El hecho de que muchas veces anteponga mis intereses a los suyos.

*Carrón:* ¿Por qué estás seguro de que te quiere y de que no se trata, sobre todo, de la preocupación de que cuando se haga vieja tú te ocupes de ella? ¿Dónde está la prueba tangible? ¿Te basta esta respuesta como explicación de lo que hace tu madre? Basta una objeción para que vuestros argumentos se tambaleen, esta es vuestra certeza. ¿Te basta acaso esto como explicación de lo que tu madre hace por ti?

*Intervención:* No.

*Carrón:* ¿Lo veis? Como no estamos seguros, caemos ante la primera objeción. ¿Acaso puedes reducir todo lo que hace tu madre a un interés egoísta, es decir, que tú puedas cuidarla cuando sea anciana?

*Intervención:* No.

*Carrón:* Entonces no es una explicación exhaustiva para explicar todo lo que tu madre hace por ti. ¿Es verdad o no?

*Intervención:* Es verdad.

*Carrón:* En realidad, cuentas con una cantidad ilimitada de signos, no con una prueba tangible en el sentido que tú reclamas, sino con una avalancha de signos por la que puedes estar seguro, cierto, de que tu madre te quiere. ¿Verdad?

*Intervención:* Sí.

*Carrón:* Y si tú no creyeses que tu madre te quiere estarías loco. He aquí la certeza: no te das cuenta de lo que te hace estar cierto, pero en tu experiencia sí tienes esta certeza. Y como no te das cuenta de ello, pides una prueba tangible para creer. El Misterio nos da muchos signos, como te los da tu madre, pero tú no te das cuenta. Ahora trata de reconocer si hay algún signo que refleje que el Misterio existe y te quiere, y luego dime si todavía necesitas “pruebas” para creer.

*Intervención:* Gracias.

*Intervención:* Estudio Ingeniería en Bolonia. ¿Cómo puedo afirmar en mi vida – sin trucar las cartas – la positividad de la realidad cuando hago experiencia de mi pecado, del de los demás y de la existencia del mal?

*Carrón:* ¿Tienes novio?

*Intervención:* No.

*Carrón:* ¿Tienes madre? Pongamos un ejemplo de la experiencia real. ¿Te comportas siempre bien con tu madre? ¿La tratas bien siempre?

*Intervención:* No.

*Carrón:* ¿Y tu madre no es un bien para ti? ¿Acaso no puedes afirmar la positividad de la realidad ante tu madre, aunque te comportes mal? ¿Puedes afirmar la positividad de la realidad ante tu madre, incluso cuando existe el mal?

*Intervención:* Delante de mi madre sí, porque estoy segura de que ella me quiere.

*Carrón:* Exacto. Pero a veces no la tratas bien, y a veces ella no te trata bien, ¿o es que tu madre y tú no tenéis pecado?

*Intervención:* No.

*Carrón:* Esto no te impide reconocer el bien que es tu madre, ni le impide a tu madre reconocer el bien que supones para ella. El mal que haces a tu madre y el mal que ella puede hacerte a ti (somos todos unos pobres pecadores), no os impide a ninguna de las dos reconocer la positividad del hecho de que tú eres un bien para tu madre y ella lo es para ti.

Si esto puede suceder entre nosotros, imagínate lo que sucede con el Misterio. Dice Jesús: «Si vosotros, que sois malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¡cuánto más vuestro Padre del cielo, que es bueno, tratará bien a todos!»<sup>46</sup>. Ningún mal de este mundo puede eliminar el bien que tu madre supone para ti. A pesar de todo el mal que existe en el mundo, nadie puede eliminar el bien que es tu madre, y esto es verdaderamente impresionante. Si nosotros, que somos unos pobrecillos, podemos reconocer esta positividad en otros pobrecillos como nosotros, como, por ejemplo, tu madre, imagínate cuando dice Dios en el Antiguo Testamento: «Pues aunque tu madre te olvidara, yo no te olvidaré»<sup>47</sup>. El profeta dirige estas palabras a hombres como nosotros, que hacemos el mal, pero es como si todo el mal no pudiese cambiar, ni siquiera una coma, todo el bien, todo el amor, toda la pasión que tiene Dios, el Misterio que hace la realidad, por cada uno de nosotros.

Es lo que vemos a veces en algunos padres. Imagínate una madre que tiene un hijo que se droga y que le hace sufrir muchísimo. ¿Crees que hay algo que pueda hacer que esta madre deje de querer a su hijo? No. Todo el drama que vive no puede impedirle reconocer el bien que es su hijo, y al hijo reconocer el bien que es su madre. Si esto sucede entre nosotros, que somos unos pobrecillos, imagina la mirada del Misterio, que hace toda la realidad y que, aunque tú hagas el mal, sigue afirmando con tanta potencia tu vida que no te elimina de la faz de la tierra. Debemos pensar en esto. A veces nos define tanto el mal que no conseguimos ver más allá. Pero hay un hecho más evidente que el mal que tú haces: hay Otro que, a pesar de tu mal, sigue dándote la vida ahora. Y todo el mal que tú hagas no puede eliminar esta positividad. ¿Por qué te digo esto? Porque cuando yo experimentaba mi propio mal, estaba tan disgustado conmigo mismo que pensaba: «¿Dónde puedo encontrar algo que sea

<sup>46</sup> Cf. Mt 7,11; Lc 11,13.

<sup>47</sup> Cf. Is 49,15.

más evidente que mi mal?». Te lo digo a ti ahora, porque es lo que me he dicho muchas veces, lo que me permitía seguir mirándome. No tenía que imaginarme lo que pensaba Dios: me bastaba con reconocer el hecho de que seguía dándome la vida, afirmando mi vida; Él tenía sobre mí una mirada que yo no era capaz de tener. Piensa que, si estamos bautizados, Cristo nos ha aferrado tan poderosamente en el bautismo que nos ha dicho: «Tú eres mío para siempre. Puedes hacer lo que quieras, pero con todo tu mal no conseguirás moverme ni un solo milímetro del amor que te tengo». Esa es la positividad que ningún mal del mundo puede eliminar. A veces la descubrimos precisamente ante el mal, pues de otro modo no pensaríamos en ello, y por eso Jesús dice: «Al que se le perdona mucho, ama mucho»<sup>48</sup>. A quien se le ha perdonado mucho comprende qué quiere decir este amor, esta positividad última de la mirada de Cristo; quien no experimenta el perdón no se da cuenta de ello.

*Intervención:* Estudio Ingeniería en Reggio Calabria. Ante los hechos que se han contado estos días (el chico con la enfermedad degenerativa, la muerte de Giovanni y el vídeo que hemos visto esta mañana), ha surgido en mí una especie de rebelión. Me preguntaba: ¿por qué en mi vida son sobre todo los hechos negativos los que suscitan la pregunta por el sentido, el deseo de descubrir al Misterio en acción y todo lo que se nos ha dado? Ayer decías que la espera es la clave, la esencia del acontecimiento que estamos viviendo en este momento. Yo me doy cuenta de que si esta pregunta, esta espera, se despierta solo cuando me sucede algo malo, significa que cuando me sucede algo bonito no le estoy dando el mismo valor.

*Carrón:* ¡Bravo!

*Intervención:* Yo quiero que no se pierda nada de lo que me sucede, deseo comprender su valor en ambos casos, ya sea algo bueno o algo malo. ¿Por qué es más fácil que surja la pregunta ante las cosas negativas que me suceden?

*Carrón:* No es más fácil, también es fácil ante las cosas bonitas que te asombran. Juan y Andrés no tuvieron que esperar a que les sucediera

algo feo para asombrarse ante Jesús. Quitémonos de la cabeza la idea de que la única posibilidad para comprender es que sucedan cosas malas. El Misterio nos introduce originariamente dentro de la realidad en su totalidad a través de la verdad, de la belleza de las cosas; pero por desgracia, por esta falta de compromiso con la totalidad de la realidad (de la que hablábamos esta mañana), por esta falta de educación y por esta deslealtad a la hora de seguir el impacto del ser hasta llegar al “Quién”, muchas veces nos limitamos a esperar que sucedan hechos negativos que nos despierten. Pero al principio no fue así, Dios no hizo las cosas malas, sino que puso al hombre en un jardín, dentro de la familiaridad con Él (como dice el Génesis), y paseaba con el hombre al atardecer. Esta es la familiaridad con la que nos ha hecho el Misterio, pero nosotros no hemos comprendido. Como el hijo pródigo: el padre no le dio una patada en el trasero echándole de casa, sino que generó una casa para él, y el hijo no lo reconoció. Entonces decidió montárselo por su cuenta, creyendo que así vivía más intensamente. Pero, ¿qué sucedió? ¿Cuándo se dio cuenta? Por desgracia, cuando estaba con los cerdos. Pero, ¿sucedió así por voluntad de Dios o por nuestra estupidez? El hecho es que Dios puede utilizar incluso nuestra testarudez para hacernos comprender, pero muchas veces somos nosotros los que terminamos así, y entonces comprendemos. ¿Cuánto tiempo debe pasar, cuántas estupideces tenemos que cometer todavía para poder comprender? Pero es un problema nuestro, no es el designio de Dios. El amor de Dios por nosotros es tan estrepitoso que puede utilizar incluso esto para recordarnos que tenemos una casa, que tenemos un padre, como el hijo pródigo. Y por eso – como leemos en muchos testimonios – uno está agradecido: no por la enfermedad, no por un fallecimiento, sino por haber comprendido. Pero puede suceder que uno se quede en casa, como el hijo mayor, y no comprenda, no porque el padre le haya tratado mal (está ahí, en su casa), sino porque no quiere comprender. Aquí el problema es comprender, darse cuenta de verdad de qué es lo que merece la pena. Esperemos no tener que terminar también nosotros con los cerdos para comprender...

*Intervención:* Gracias.

<sup>48</sup> Cf. Lc 7,47.

*Intervención:* Estudio Derecho en la Universidad Católica. Esta mañana decías que el asombro inicial es un juicio que se convierte inmediatamente en un apego sostenido por la razón, no sentimental. Con respecto al episodio que citabas de Juan y Andrés, tampoco yo, como ímpetu, habría abandonado. El hecho es que con frecuencia sucede lo que has descrito, y me parece que desde el juicio se puede caer en una actitud sentimental. No comprendo dónde está el problema.

*Carrón:* Sencillamente, si un juicio es verdadero, no puede reducirse a algo sentimental, porque es un juicio de estima sobre algo lo que me hace pegarme. Tú no te pegas a algo que juzgas una estupidez.

*Intervención:* Exacto.

*Carrón:* En el apego siempre hay un juicio, y si empezáis a partir de la experiencia – como decíamos antes – se comprende más fácilmente. ¿A qué te pegas tú? A algo que juzgas digno de valor.

*Intervención:* Sí. El problema es que luego pierde valor...

*Carrón:* No, el problema es que luego debes redescubrirlo constantemente. ¿Y cómo lo descubres de nuevo? Pegándote. Es decir, si tú lo has percibido, ¿acaso deja de tener valor porque no lo sientes, o el valor que has reconocido ayer permanece? La cuestión es que nosotros, si esto no se convierte en un apego, pensamos que no se ha producido un juicio de reconocimiento, porque esperamos que se trate de algo automático, sin tener que decidir mañana de nuevo. Pero, ¿te gustaría poder decir de nuevo a tu novia: «Te quiero», sin verte obligado solamente por tu biología? Al mirarla, debes reconocer qué significa verdaderamente para ti, sin reducirla a tu estado de ánimo, debes reconocerla y tratarla por su destino, por lo que es en el fondo, y no solo por el impacto sentimental que te provoca. Esto es fruto de una educación, pero, ¿qué significa una educación? Aprender a querer a otro. En este caso, si tú quieres a tu novia, ¿te gustaría tratarla siempre por el valor que tiene, te gustaría reconocerlo cada vez más, reconocer cada vez más tu aprecio por ella?

*Intervención:* ¡Desde luego!

*Carrón:* Esto se pone de manifiesto ya desde el primer momento, pero se vuelve familiar en la relación con ella dentro de un camino. A veces pensamos que debe ser algo automático y que, por una vez que lo hayamos reconocido, se vuelve familiar para siempre. Pero no es así, muchas

veces te prefieres a ti mismo antes que a ella, o prefieres tus intereses antes que quererla, o la tratas según tu instintividad, perdiendo de vista el valor que has reconocido: hace falta un camino. Me sorprendió mucho un cura amigo mío que me contó que para explicar a una persona qué es esta relación verdadera con la realidad, sobre todo con su novia, le decía: «Pero tú, la primera vez, estabas tan lleno de asombro ante la presencia de tu novia que ni siquiera la tocaste. ¿Te gustaría tener siempre esta intensidad?». Esta es la relación verdadera con la realidad, y todas las veces que después la has tratado instintivamente, nunca has experimentado un instante de plenitud como el del primer día. ¿Es verdad o no?

*Intervención:* ¡Es verdad!

*Carrón:* Entonces, no la tratas así por no sé qué tipo de mortificación, sino por el asombro, y esto te produce una plenitud que no habías experimentado nunca, es más, en esto consiste la plenitud (ese instante en que no la has rozado siquiera), que ninguna otra cosa es capaz de darte.

¿Entendéis cuál es la fascinación de la virginidad? La virginidad es esta forma verdadera de tratar al otro, y tiene que ver con todos nosotros: Dios llama a la virginidad por esa experiencia de plenitud que Cristo introduce en la vida, por la que yo puedo tratar al otro con una gratuidad que es como el primer albor que has experimentado tratando a tu novia de forma tan verdadera (y que para algunos, llamados a la virginidad, se convierte en vocación). Esto no significa que haya que sacrificar el afecto, es la elección del cumplimiento del afecto de una forma de la que la otra es solo un pálido reflejo. Este modo de relacionarse del principio puede llegar a ser la modalidad con la que tratar siempre a la novia: pregúntale si le gustaría que la trataran así siempre; estoy seguro de su respuesta.

*Intervención:* Estoy estudiando primero de Psicología en la Universidad Católica. Has hablado de la positividad de la realidad y, ante la pregunta de cómo se puede evitar caer en un callejón sin salida, decías: «lo divino salva al hombre». Por una parte, estoy contenta de que haya Alguien más grande que pueda salvarme; por otra, me pregunto cuál es mi tarea ahora.

*Carrón:* Tu tarea nace precisamente de este ser salvada. Muchas veces volvemos sobre las mismas cuestiones. Si es gracia, si soy salvada, entonces, ¿cuál es mi tarea? Parece que no tengo que hacer nada. Pero tú, si

piensas en tu experiencia normal, ¿puedes responder por ti misma a tu deseo de ser amada? Necesitas de otro. Cuando encuentras a alguien que te salva, ¿cuál es tu tarea? Dejarte salvar, dejarte abrazar. ¿Y qué demuestra esto en ti? Cuando experimentas verdaderamente que eres querida, se introduce en ti una forma de estar en la realidad que es la tarea más grande que puedes desarrollar en la vida: testimoniar lo que puede ser la vida cuando uno se deja salvar. ¿Qué es lo que más necesitan los hombres? Ver a alguien que se ha dejado aferrar por Cristo y que testimonia lo que es la vida cuando se deja tocar, abrazar y amar por Él.

Hace poco me preguntaba un amigo que está enfermo, con referencia a todos los proyectos que tiene en la cabeza: «Y ahora, ¿cómo los llevaré a cabo con mi enfermedad?». Y yo le decía: «¿Acaso tienes en tu vida algo más interesante que hacer o que decir que tu “sí”? ¿Tienes en la cabeza algún otro proyecto más interesante que tu “sí” a Cristo, a través de la forma en la que te llama? Piensa en la Virgen. Ella no sufrió una enfermedad, pero, ¿habría podido elegir, habría podido imaginar otro proyecto, otra tarea más definitiva para la vida del mundo, más incidente en la historia que su “sí”? Nadie fue salvado como ella. Lo hemos celebrado el día de la Inmaculada Concepción: nadie había sido salvado antes incluso de su propio mal, nadie había sido liberado de su mal anticipadamente, en previsión de Cristo. ¿Cuál fue su tarea? Su “sí”. Y con este “sí” ha dado al mundo lo que todos podremos agradecerle toda nuestra vida y toda la eternidad, porque sin ese “sí” no existiría Cristo; y, sin Cristo, ¿qué significaría la vida? ¿Puedes imaginar otra tarea mayor que la de la Virgen, justamente porque fue salvada? Entonces, ¿cuál es tu tarea? Testimoniar ante todos, gritar ante todos qué es la vida, qué puede significar la vida, qué intensidad puede adquirir la vida, si uno se deja abrazar por Él, salvar por Él. No hay una afirmación más grande, un testimonio mayor de la positividad de la realidad que ver a una persona florecer, porque es como decir: mirad, ni siquiera todo el mal, ni siquiera todo el desastre, ni siquiera toda la crisis, ni siquiera todo esto puede impedir que un hombre florezca; no hay mayor testimonio que desafiar a todos, sean o no pesimistas, sean o no nihilistas, diciendo a todos con la propia vida: «¡Mira, mira lo positiva que es la realidad!». ¿Puedes imaginar una tarea más grande en el mundo? ¡Si puedes imaginarlo, persíguelo! En caso contrario, creo que lo tienes claro, y entonces tienes cosas que hacer.

10 de diciembre, por la noche

*Julián Carrón:* Estoy contento de presentaros a un amigo mío de Irlanda, John Waters, periodista y escritor. Si algo se puede decir de él, viendo el recorrido que ha hecho, es justamente lo que acabamos de cantar: «¡Qué hermoso es el camino para quien lo recorre!»<sup>49</sup>, porque viéndole caminar, viéndole dejarse tocar por la realidad, me sorprende cada vez que me encuentro con él. Siempre se emplea a fondo para buscar la palabra justa, para descubrir; siempre está inquieto, en el sentido bonito de la palabra, quiere comprender cada vez más. Por eso siento que es verdaderamente un compañero de camino, y por eso quiero presentároslo, y deseo que también vosotros podáis conocerle, porque tiene una experiencia que contar, ha recorrido un camino del que muchos podemos aprender verdaderamente. Le agradezco que haya aceptado estar aquí con nosotros esta noche. Si algo ha sido decisivo para él en su vida, es eso de lo que estamos hablando desde la Jornada de apertura de curso: lo que más le ha marcado ha sido el capítulo décimo de *El sentido religioso*. Ahora espero que os lo explique, porque es algo completamente distinto escuchárselo contar a él. ¡Gracias, John!

*John Waters:* Gracias. Ante todo quiero daros las gracias por este día, gracias a Aquel que hace todo y a cada uno de vosotros; quisiera daros las gracias por vuestra presencia, en el sentido último del término. Hoy estaba sentado en primera fila, mirando muchas veces la pantalla, las imágenes, escuchando la música; al principio la sala estaba vacía y luego se ha llenado, pero todo ha sucedido en silencio, y me he conmovido de verdad. Venir a un evento de Comunión y Liberación es siempre para mí una ocasión excepcional. Hoy experimento algo especial, porque advierto un silencio intenso, de escucha, una atención a todo, que me conmueve de forma profunda. Y me pregunto: ¿qué os puedo dar?, no

<sup>49</sup> C. Chieffo, «La strada», en *Cancionero*, Comunión y Liberación, Madrid 2007, p. 340.

tanto para restituir algo pero me pregunto: ¿cómo puede ser mi relación con vosotros esta noche? Hoy por la tarde pensaba: si pudiese volver atrás treinta y cinco años, si fuese uno de vosotros mientras alguien habla de sí mismo ante mí, de su propia experiencia de vida, ¿cambiaría algo en mi vida? Lo que yo pudiera escuchar de esa persona, ¿cambiaría mi sendero, mi camino? En un cierto modo creo que no, porque no creo que las palabras, por sí mismas, puedan llevar a un cambio de este tipo. Solo podemos comunicar comparándonos. Cuando os cuento mi experiencia, pienso que lo que sucede es que, al iluminarse dentro de mí, al comprenderla mejor yo, algo nuevo de mi experiencia puede llegar a vosotros. Las palabras son solo la energía de la comunicación, pero en sí mismas no son la comunicación.

Me impresiona el tema, «La inexorable positividad de la realidad». Esta palabra – «positividad» – la hemos escuchado muchas veces, incluso al Papa últimamente, en el Bundestag, y hemos escuchado hablar del prejuicio del positivismo. Me impresiona mucho que estas dos palabras sean casi idénticas, en cierto sentido, pero en realidad son opuestas. Aquello a lo que nos referimos cuando hablamos de la positividad de la realidad es en verdad lo contrario, es lo opuesto al positivismo del que hablan el Papa y Giussani. Creo que mi lucha con la realidad, mi intento por comprender la realidad, se centra justamente en esto.

Os cuento un poco la historia de mi vida. Crecí en Irlanda en una familia católica, y vivía una experiencia muy intensa, más que cualquier otro niño de los años 60-70. Ahora es fácil mirar atrás y pensar que faltaba algo, pero si hiciese esto, me equivocaría, porque ha sido una experiencia verdaderamente rica desde muchos puntos de vista. Tal vez, en un cierto sentido, era demasiado sentimental, o bien moralista, pero al mismo tiempo era verdaderamente real, se trataba de una relación verdadera y real con Cristo. Nunca dudé de Su existencia, de Su presencia. Él me acompañaba en todo momento como un hermano, como un padre, como un amigo, me llevó de la mano toda mi infancia, me hablaba siempre y yo le hablaba. Esta experiencia que hice era real, pero tal vez faltaba algo, había un bloqueo de algún tipo que me impidió crecer y, cuando llegué a la adolescencia, le dejé un poco atrás. El primer signo de que me estaba haciendo adulto es que me parecía lógico y natural dejar atrás estas

cosas de la infancia y de la adolescencia. Durante muchos años he pensado así, he pensado que se trataba de un asunto de niños. Otra forma de describir esto es que, en un momento dado, me di cuenta de que el mundo era algo que estaba en oposición a mi infancia católica. En los años 70, en Irlanda, lo que al principio era una cultura cerrada empezó a abrirse, a mirar fuera de sí misma, y llegaban muchas influencias nuevas: la música pop, el rock, la televisión, el fútbol, la fama, las celebridades, muchas cosas que me seducían como adolescente y me ofrecían una libertad que nunca había imaginado, y me parecía – ahora, si miro hacia atrás, puedo describirlo de forma detallada, pero en aquellos años no – que había un conflicto, algo incompatible entre mi relación con Cristo y este mundo nuevo, esta libertad; creía, de algún modo, que tenía que elegir entre ambos: dejar atrás uno para quedarme con el otro. Las dos cosas no podían coexistir. Sin embargo, no es que rechazara a Cristo, nunca le di la espalda a mi relación con Él, a mi amistad con Él, a mi cercanía con Él. Por lo menos, si se produjo, no lo hice con el pensamiento de estar haciendo algo bueno. Le di la espalda, pero lo hice con un sentimiento de culpabilidad, me avergonzaba de este hecho, pero al mismo tiempo la seducción de la libertad era tan poderosa, que me parecía que no había otra opción, y me parecía que emprendía un viaje que me llevaba al mundo. Si me quedaba en la relación infantil, no permanecía en la realidad, y este viaje me parecía el único tipo de libertad posible.

Ahora puedo describir esta experiencia con algunas palabras, la he descrito en un libro: *Lapsed Agnostic*<sup>50</sup>. En él he seguido un hilo conductor para contar mi experiencia, sobre todo la del alcohol. Ha sido una experiencia real para mí, pero es también una metáfora de la libertad, porque todas las condiciones de esta idea de libertad, que me seducía, estaban presentes en la relación con el alcohol. Cuando llegué a los veinte años era muy tímido, estaba cohibido, era incapaz de relacionarme con los demás, de conversar, de bailar... no era capaz. Una noche entré en un pub, bebí una cerveza y descubrí que cambiaba totalmente: era como la parte que me faltaba, como si cuando me entregaron a mi madre en el hospital, se hubiesen olvidado de darle también la botella que habría completado el

50 J. Waters, *Lapsed Agnostic. Da profugo a pellegrino*, Marietti, Genova-Milano 2010.

“pack”. Cuando bebía me sentía completo, realizado: podía conversar, bailar, hacer todas las cosas que antes me resultaban imposibles de hacer. Era como poner gasolina en la moto. Esto fue el comienzo de un sentimiento de libertad, un nuevo sentimiento de libertad que me parecía que no tenía coste alguno y que no tenía fin, era algo que podía funcionar para toda la vida. Pero mi experiencia fue distinta y descubrí que no era así.

Si escuchamos cómo describe la cultura positivista a alguien como yo, cómo describe esta experiencia, parece como si se tratara de un problema exclusivamente médico, una patología que afecta solo a algunos individuos. Pero, en cierto sentido, esto es lo extraño del positivismo: es casi idéntico a la realidad, pero la oscurece completamente. Tú puedes mirar la misma imagen, la misma persona, y puedes ver la versión que te viene de esa cultura (una persona, un ciudadano, un trabajador), o bien ver detrás de esa apariencia una persona creada. Las imágenes parecen estar pegadas una a la otra. En nuestra cultura una eclipsa a la otra, y es posible vivir la propia vida y no darse cuenta de que hay una imagen detrás de la apariencia que la cultura pone ante nuestros ojos. Pasa lo mismo con todo lo que nos sucede. Nuestra cultura lo describe de forma reducida, y por tanto mi problema, el alcoholismo, también se reduce. Simplemente, los que padecemos este problema llamado alcoholismo, necesitamos seguir una terapia. Si queréis seguir las terapias para alcohólicos, estas son cosas importantes para salir de la vorágine.

Pero hay otra explicación más profunda. Lo que me ha sucedido a mí es que me había malinterpretado a mí mismo en la realidad, había malinterpretado mi humanidad. La seducción de aquella cerveza que me había hecho sentirme yo mismo, me había hecho sentir de un modo falso. No quiero aburrirlos ahora con mis “batallitas”, pero una mañana me desperté sin dientes y no recordaba nada. Después me contaron lo que había pasado: había ido a bailar, estaba en el borde de la pista y empecé a imaginarme que era una piscina. Entonces me tiré a la “piscina” y perdí los dientes. ¡Esto es una malinterpretación radical de la realidad! Con frecuencia me digo: esta libertad, este cumplimiento que intuía al principio cuando bebía, creía que me llegaba a través de la cerveza, pero cada vez parecía más lejos, y necesitaba beber cada vez más, y nunca conseguía llegar a ese punto. Así es como llegué al fondo de esta forma de vida. Podemos

decir que fue una suerte. Yo lo llamo una bendición; fui bendecido. Me encontré al borde de un abismo y observé que había otras personas que habían recorrido el mismo camino que yo, que empezaron a hablarme de lo que yo también vivía, sin usar las mismas palabras de la medicina y la patología: usaban palabras que no me resultaban familiares, que no entendía. Me decían: «Has malinterpretado tu naturaleza, tu estructura», y yo me repetía: «No, no»; me parecía que era algo inconexo, inconcebible, irrelevante, que no tenía nada que ver. Luego pensé que se trataba de un camino puritano, moralista: me había divertido hasta entonces, había antepuesto la diversión a cualquier otra cosa, pero ahora tenía que pagar por ello. Así es como pensaba. Ellos me decían: «No, no es así. Tú has malinterpretado la relación con la realidad, la naturaleza de tu ser, no has entendido bien tu dependencia en la realidad». Os estoy contando todo esto en poco tiempo, pero duró meses, años, fue algo muy doloroso para mí. Siempre volvía allí con mis preguntas, tenía que mirar de nuevo la experiencia que había tenido y que seguía teniendo.

Otro ejemplo: la oración. Yo no rezaba tal vez desde los quince años. No conseguía imaginar cómo, habiendo desertado de Cristo, habiéndole dejado, fuera posible rezar. ¿Cómo podía hacerlo? Parecía una ignominia, incluso una presunción, que Él hubiese querido verme después de todos estos años. No digo que no fuera capaz de rezar, simplemente no podía hacerlo. Un día me preguntó alguien: «Pero, ¿tú rezas?», y yo respondí: «No, no, no», y me dijo: «¡Venga, inténtalo!». Entonces intenté decir alguna palabra... fue un proceso muy lento, poco satisfactorio, y un día me dijo: «A lo mejor deberías arrodillarte para rezar». Yo le dije: «No, es impensable»; era imposible la idea de que yo solo, sin nadie a mi alrededor, pudiese ponerme de rodillas; era algo físicamente imposible, mis rodillas se negaban a doblarse. Entonces se lo conté, y él me dijo: «Te entiendo. Yo ya he visto esto». Y me dijo: «Tengo una solución. Por la mañana, cuando te pongas los zapatos, tira uno debajo de la cama. Entonces tendrás que arrodillarte para buscarlo. Cuando estés ahí, de rodillas, acuérdate de rezar». Parece absurdo, pero yo lo necesitaba. Cuando Carrón se refiere al positivismo como un virus, es verdad, es un virus que entra dentro de tu ADN, de tus músculos, no es una metáfora abstracta, es un fenómeno que sucede, es real.

Este fue el comienzo de una relación nueva con la realidad, el comienzo del descongelamiento de mí mismo. Es como cuando quieres descongelar la nevera: tienes que desenchufarla, y al principio no pasa nada, no pasa nada pero de repente oyes un *crack*, y luego nada, y más tarde, después de algún tiempo, otro *crack*. De forma gradual se fue produciendo este proceso de darme cuenta de que arrodillarme no era algo terrible, de que era más feliz de rodillas. Luego miro mi vida, y la gente me dice: «¿Cómo te van las cosas ahora?». Yo digo: «Mejor, van mejor». «¿Sabes por qué?». «No, no sé por qué, pero van mejor», y esto es algo evidente, es una evidencia. La cultura del positivismo no permite que esto sea una evidencia, pero es una experiencia, y una experiencia es algo evidente. Aunque no comprenda bien las razones, digo que es una evidencia. No puedo decir que mi vida no haya mejorado, y esto debe tener que ver con algo que ha sucedido, con algo que ha cambiado en mí.

Este fue el comienzo del viaje de vuelta a mí mismo, no todavía al catolicismo y tampoco a Cristo, porque esa es una historia distinta, es un largo relato, pero volveré sobre ella. Quería contaros esto para ilustrar algo sobre nuestra cultura. Es como la idea de que una imagen de la realidad pueda superponerse a la realidad verdadera, y parece explicar todo, pero en realidad penetra en nuestra conciencia de tal modo que lo que es verdad resulta inconcebible, debe ser descartado, debe ser marginado. Todos podemos comprender lo que ha dicho Giussani. Y estamos abiertos, podemos hablar con la gente que niega todo esto y entrar en relación con todos. Cuando Cristo le dice a Pedro: «Antes de que cante el gallo, me habrás negado tres veces», y Pedro le dice: «No, no, no»<sup>51</sup>, esto a mí me sucede todos los días. Soy consciente de que evito formular frases que comuniquen a los demás lo que yo soy, tengo miedo de parecer irracional. Os pongo un ejemplo que tiene que ver con mi experiencia, pero es un tema público.

Amy Winehouse, la cantante pop desaparecida el verano pasado, se envenenó con el alcohol, y murió por haber bebido demasiado. En nuestra cultura, la noticia se presentó desde puntos de vista distintos. Por ejemplo, después de haberse curado de su alcoholismo, se ha matado

bebiendo (es el titular de un periódico). Pero si quisiésemos decir la verdad, tendríamos que decir: «Amy ha muerto porque ha malinterpretado su naturaleza». Esta es una intuición mía, que viene de mi experiencia. Durante años la he seguido, y creo que era un genio. Venía de la tradición de Billie Holiday y Ella Fitzgerald, la voz de la humanidad, una voz que expresaba el alma de la humanidad, y sin embargo vivía una vida de la que la prensa hablaba según un cliché, el del rock and roll: las estrellas de rock beben alcohol, toman drogas... todo es normal. ¿Por qué deberían ir de la mano el alcohol y la droga? ¿Por qué una persona que conduce un autobús o un tren debe beber menos que una estrella de rock? Mientras la miraba cantar pensaba que era verdaderamente frágil, y sin embargo, cuando cantaba tenía una potencia dentro, una potencia que no parecía ser suya, ella parecía tan solo el vehículo de esta potencia, como el filamento de una bombilla, que cuando hay electricidad se enciende y produce una luz fuerte. Parecía que ella era así, igual que muchos artistas, pero me parecía también que no entendía lo que le pasaba. Estaba en el centro de esta potencia, y no sabía lo que le pasaba, no sabía dónde estaba y qué le sucedía, y esto significa estar destinada a un final terrible, porque cuando la luz se apaga, no puedes salir. Como me sucedió a mí con el alcohol. La intuición de esta correspondencia es el motor que hay en mi interior, el objetivo de mi deseo; como seres humanos, tenemos ese objetivo, este deseo dentro de nosotros, pero existe siempre esta otra posibilidad: una persona con dotes excepcionales, con una gran potencia y capacidad, que al final se destruye, porque no ha comprendido lo que tenía dentro de sí. Alguien debía decirle: «No te preocupes, te está pasando esto». Todos nosotros – que escuchamos este asunto en los medios de comunicación – redujimos enseguida la tragedia de Amy, como si fuese inevitable: es una estrella, por tanto es natural que beba, que se drogue... es normal. En cierto sentido lo es, pero por un motivo distinto, justamente porque describimos la experiencia de forma reducida en vez de preguntarnos: ¿cuál es mi naturaleza? ¿Cuál es mi deseo? ¿Cuál es la finalidad de mi deseo? ¿Qué testimonia mi voz? Incluso aunque no lo sepa. Tenemos ejemplos de ello en nuestra cultura todos los días. La cultura nos da una lectura de la realidad que parece atenerse a los hechos, que parece explicar todo, pero sin embargo deja fuera muchas cosas. En este

51 Cf. Mt 26,34-35.

caso, la humanidad de la persona, es decir, el hecho de que muriera cuando no estaba sobre un escenario. Acababa de desayunar unas tostadas. Se metió sola en la cama por última vez, y allí fue encontrada por su chófer. Hay una historia humana detrás de lo que escuchamos en los medios.

Hay muchos ejemplos de este tipo en nuestra cultura, casi todo es ejemplo de esto. Ahora hablamos de crisis financiera, utilizamos términos técnicos, deuda, propuestas, soluciones, unión fiscal... y luego hay otra voz, que es la voz de la izquierda que quiere destruir todo, dar un paso atrás, rechazar todo, que dice que no paguemos nada, que no paguemos nuestras deudas. Lo que falta es una versión humana de las cosas, una versión que refleje lo que sucede desde un punto de vista humano. Si pudiésemos pintar la deuda de Italia y la de Irlanda, no sé cuál sería mayor. La deuda es una expresión de nuestro deseo, que ha sido alterado y dirigido en la dirección equivocada. Hemos malinterpretado cuál era nuestro deseo. ¿Cuál es la deuda? Es tomar prestado algo que pertenece a la generación que viene por detrás. Yo quiero la respuesta ahora, pero tiendo hacia el futuro para atraerlo hacia mí, como hice con una jarra de cerveza, como hizo Amy con la botella de vodka junto a su cama, son formas distintas.

Si yo voy a la redacción de un periódico y hablo de este tema como de la malinterpretación del deseo, me dicen: «¡Estás loco! ¡La religión se te ha subido a la cabeza!». Debemos ser conscientes de lo que sucede en nuestra cultura: la versión falsa de la realidad es la que parece más razonable, más racional. Nos ha sucedido algo, el mundo ha influido tanto en nosotros que lo que percibo como naturaleza de mí mismo es la estructura que me viene impuesta. Para vivir y hablar dentro de nuestra cultura yo debo excluir la versión verdadera, no puedo hablar de ella, debo aceptar en cierto sentido la imagen de mi condición tal como es definida por los médicos. Esta idea me aterroriza: la verdad es inaccesible en términos culturales. Esta idea me aterroriza personalmente y también como padre. ¿Debo dejar que mi hija, que tiene quince años, entre en un mundo en donde la verdad es inaccesible? Es un pensamiento que me asusta. Por eso me conforta mucho veros aquí hoy, ver vuestra sinceridad, vuestro modo de comportaros. Quiero decirlo sinceramente: para mí es un signo de esperanza lo que Giussani me ofrece, su intuición, la forma en que la

ha desarrollado, por primera vez en mi vida se convierte en capacidad para comprender nuestra cultura, y también en el antídoto, en el método con el que podemos vencerla. El método es muy sencillo, esta sencillez choca, pero es, en verdad, sencilla. Es la primera página del capítulo décimo de *El sentido religioso*: «Suponed que nacéis, que salís del seno de vuestra madre, con la edad que tenéis en este momento, con el desarrollo y con la conciencia que tenéis ahora. ¿Cuál sería el primer sentimiento que tendríais, el primero en absoluto [...] Si yo abriera de par en par los ojos por primera vez en este instante, al salir del seno de mi madre, me vería dominado por el asombro y el estupor que provocarían en mí las cosas debido a su simple “presencia”. Me invadiría por entero un sobresalto de estupefacción por esa presencia que expresamos en el vocabulario corriente con la palabra “cosa”. ¡Las cosas! ¡Qué “cosa”! Lo que es una versión concreta y, si queréis, banal, de la palabra “ser”. El *ser*, no como entidad abstracta, sino como algo presente, como una presencia que no hago yo, que me encuentro ahí, una presencia que se me impone»<sup>52</sup>.

Esta es la historia de mi vida. Todo lo que me ha sucedido en el tiempo me ha llevado hasta el momento en que encontré este párrafo y pensé: «¡Ah! Es posible salir fuera de esta cultura, ver con ojos claros, recuperar, recuperarme; ¡es posible volver a ser niño!». El proceso que he descrito, la implicación que está en el corazón de este relato, el marcharme del lado de Cristo, buscar la libertad, hacerme adulto, todo esto implica que yo dejé atrás las cosas de niño, y esto es verdad, pero nuestra cultura nos dice que es algo bueno, que es positivo llegar a ser más “realistas”, más “racionales”. Pero lo que he descubierto en mi vida es que es verdad lo contrario: me había vuelto menos “realista”. Si creo que el lugar en el que estoy bailando es una piscina, no puedo creer que soy realista... La cultura me ha desviado de forma completamente extrema, el virus ha influido en mí hasta el punto de que me he perdido de vista a mí mismo. Pero esto me pasa todos los días. El método que sugiere Giussani de volver al momento del nacimiento no lo aplico una vez al mes, sino, en cierto sentido, todos los momentos, me renuevo a mí mismo en todos los momentos, porque también la cultura es inexorable en su intento de

52 L. Giussani, *El sentido religioso*, op. cit., pp. 145-146.

desviar mi camino. El Papa ha dicho que el hombre ha creado un búnker sin ventanas y lo ha hecho para poder vivir en él y decir: «Yo he creado este búnker», pero es un búnker cerrado, nos cierra a la luz y nos cierra a la comprensión de nosotros mismos, nos convertimos en máquinas, nos mecanizamos, y creemos que en esto consiste el progreso.

Hace un par de meses participé en un encuentro sobre el poeta Patrick Kavanagh, que es parecido a Leopardi, es un poeta que mira la realidad y penetra en ella con gran profundidad, de forma muy religiosa. Él se llamaba a sí mismo poeta católico, pero no quería decir con esto que iba a misa o que seguía las reglas de la fe, sino que, cuando miraba un árbol, una flor, veía una presencia creada. Cada palabra de su poesía refleja esta forma de pensar. Aunque es celebrado como poeta irlandés, el único después de Yeats, tiene una extraña “reputación”: puedes escuchar discursos sobre Kavanagh, pero nadie habla de su ser católico, de su sentido del mundo creado. Hablaba del *flash*, que para él quería decir la intrusión de Otro en la realidad. Cuando sucedía, las palabras se volvían poesía. Os decía entonces que estaba hablando de este poeta no en la iglesia, no a un público católico: había muchos laicos, y percibía un malestar en el público. Al final un señor se me acercó y me dijo: «Yo no he venido aquí a escuchar una lección sobre el catolicismo, he venido para escuchar hablar de Patrick Kavanagh», y entonces le dije: «No creo que sea posible hablar de él sin hablar de su ser católico». «Pero, ¿no te das cuenta de que el hombre ha llegado a la Luna?». Después de estas palabras, inmediatamente después, comprendí en un instante, de forma casi imposible de explicar, reconocí que esta frase ejemplificaba el positivismo del que hablan el Papa y Giussani. Este hombre parecía decir: «Hemos dejado atrás todo esto porque hemos hecho progresos, estamos descubriendo todo, casi hemos llegado, hemos estado incluso en la Luna, comprendemos casi todo, hay poco más que añadir, y sabemos ya que todo esto es un sinsentido». Yo le pregunté: «¿Has estado en la Luna?». «No». «¿Conoces a alguien que haya estado en la Luna?». «No». «Entonces, ¿qué diferencia supone para ti que otro haya estado en la Luna? ¿Cómo te cambia este hecho? ¿Por qué piensas que este descubrimiento es tuyo? ¿Qué quiere decir para ti?». No entendió lo que quería decirle, y en ese momento tampoco yo entendía muy bien lo que quería decirle, pero me parece que tiene que ver con lo

que sabemos sobre nosotros mismos, sobre nuestra condición. Siempre nos dan informaciones sobre el progreso del hombre, y la seducción se halla en el hecho de que todo indica que la omnisciencia está detrás de la esquina, que casi hemos llegado, que solo nos faltan por saber algunas cosas, y entonces entenderemos todo y el hombre se convertirá en maestro de sí mismo. ¡Yo no me fío de esto! No quiero minimizar los resultados a los que ha llegado el hombre, la ciencia es algo maravilloso, el saber es una cosa fantástica, y yo estoy convencido de que no hay conocimiento que pueda minar lo que yo creo, pero decir: «El hombre ha estado en la Luna», ¿qué significa dentro de la vastedad del universo? Es un resultado maravilloso visto desde aquí, pero desde el punto más lejano del universo, ¿qué quiere decir? Imaginad que un niño que no camina todavía está aquí en el suelo, debajo del escenario, gateando. Imaginad que el niño consigue llegar hasta aquí, junto a mí, en el escenario. Este resultado es mucho mayor que el hecho de que el hombre haya ido a la Luna, en términos reales. No minimiza el resultado, pero le da otra perspectiva. Lo que falta en esta idea de omnipotencia de la que se habla es una perspectiva, la perspectiva a la que solo se puede llegar de rodillas. Solo así podemos ver el universo en su perspectiva justa.

Una de las cosas que me dijeron cuando me hallaba al borde del abismo, para describir mi condición, es que yo había quitado a Dios de su trono, había visto que el trono estaba vacío y me había sentado en él. Entonces descubrí, habiendo destronado a Dios, habiendo eliminado a Dios de mi existencia, que tenía la responsabilidad de Dios en mi vida y no tenía Su poder, Su potencia. Eso hizo crecer el miedo dentro de mí. Por tanto, el proceso por el que comenzó todo esto, la búsqueda de la libertad a través del alcohol, hizo que, para extinguir mis miedos, tuviera que beber cada vez más, y esto aceleraba el ciclo de forma exponencial, hasta que llegué al borde del abismo.

Esto es lo que os ofrezco hoy, la historia breve de mis errores y la alegría de vivir al verlos por lo que son de verdad, la alegría de poder leer este libro de Giussani. Es un libro extraño, muy difícil, y sin embargo no puedo decir que contenga algo que no supiese ya de algún modo, que no me fuese familiar. La novedad que contiene es que, al leerlo, se han despertado las intuiciones que tenía dentro de mí. Es el trabajo de un genio,

el libro más radical que he leído nunca, porque me describe, describe las condiciones en las que vivo, las tendencias que hay en mí, y me ofrece el camino para volver. Gracias.

*Carrón:* Escuchando a John se comprende perfectamente por qué insiste don Giussani en que el problema de la vida es un problema de conocimiento, porque lo que está verdaderamente en discusión – como hemos visto hoy – es la naturaleza del “yo”. Lo que nuestra cultura ha malinterpretado es nuestra humanidad, pensando que es un problema de enfermedad, o de otra naturaleza; haber malinterpretado cuál es la relación verdadera con la realidad y conocer a alguien como John, que nos ayuda a comprender esto de verdad, es una gracia, porque nos hace conscientes del alcance del camino que estamos haciendo juntos. Él nos ha testimoniado que si no comprendemos esto, no nos entenderemos a nosotros mismos y estaremos expuestos a equivocarnos de nuevo. Por eso se comprende por qué *El sentido religioso* es un libro que le acompaña. Yo le he visto llevarlo a la televisión o a la radio, cuando le llaman para hacerle una entrevista, porque – como nos ha dicho: no lo lee de vez en cuando, sino siempre – le acompaña, que es distinto de leerlo como si fuese un deber: es la posibilidad de poder entenderse a sí mismo, y por eso dice que es el libro más radical que ha leído nunca. Por eso le damos las gracias, porque hemos visto en él qué quiere decir renovarse, volver a uno mismo, teniendo delante una historia, un camino, una persona que ya ha recorrido el camino. ¡Gracias!

11 de diciembre, por la mañana

Esta mañana me preguntaba qué es lo que os he querido decir al afirmar que la realidad es positiva. Bastaría leer juntos la letra de los cantos que acabamos de escuchar para empezar a comprender, porque en la sencillez de los cantos está todo. Cantábamos ahora en *Romaria*: «El destino de quien está solo está hecho de sueño y polvo, así voy perdido en mis pensamientos sobre mi caballo. Está hecha de lazos, nudos y zahones la amargura de esta larga vida al sol. [...] Mi padre fue un jornalero, mi madre la soledad, mis hermanos se perdieron en la vida a costa de aventuras. Dejé a mi mujer, jugué, arriesgué, abandoné todo; si existe la fortuna no lo sé, yo nunca la vi»<sup>53</sup>.

Si la vida es aquello a lo que toda la cultura nos empuja, donde todo es reducido a lo que se puede ver y tocar, entonces comprendo que pueda decirse: «Si existe la fortuna, yo nunca la vi». De hecho, si todo se reduce a “jugar”, a “arriesgar”, y luego – como esto no consigue responder – a “abandonar”, ¿cómo se puede decir que la realidad es positiva? Si vence el positivismo al que se refería ayer John Waters, si la vida consiste en esto, entonces uno termina abandonando todo, porque las cosas nos ahogan. Si todo termina en la nada, si suscita un interés que luego me abandona, ¿qué es la vida? El dolor, el mal, la muerte, ¿son acaso la última palabra? A nuestra cultura le cuesta comprender, a nosotros, que estamos inmersos en esta cultura hasta la médula, nos cuesta comprender, porque hablar de la realidad es hablar de la realidad reducida a apariencia. El problema, amigos, es que muchas veces nos contentamos con esto, y no sentimos la urgencia de algo distinto, salvo en ciertos momentos en los cuales, casi gracias a un milagro, se abre una brecha en este positivismo sofocante, porque ya no podemos más. Es como si no necesitásemos a ese “Tú”, como si nouviésemos necesidad de ir más allá de la apariencia. Pero todo lo que existe, ¿Quién lo ha hecho?

53 «Romaria», en *Cancionero*, op. cit., p. 495.

¿Quién lo hace ahora? Nosotros, hombres de nuestro tiempo, somos tan inmorales que – como decía don Giussani – al final nos quedamos en la apariencia y, más tarde, nos ahogamos; no percibimos una urgencia en la realidad y luego nos ahogamos en ella. La realidad nos parece positiva únicamente cuando es agradable, pero – como decía ayer con el ejemplo de las felicitaciones navideñas – la experiencia nos dice que la felicitación que verdaderamente nos interesa es por el “tú” que hay detrás, aunque sea más modesta. La realidad es interesante por el “Tú”. Por eso, la única cuestión de la vida es que este “Tú”, que la hace positiva (pues de otro modo todo terminaría en la nada), se vuelva familiar. Cada mañana se nos vuelve a plantear el mismo drama: «Por la mañana / mi cántaro está vacío en la fuente / [...] Uno es el cauce de mi deseo: que yo te pueda ver [que yo pueda ver este “Tú”, como el niño desea ver el “tú” de su madre], y en esto consiste la mañana»<sup>54</sup>.

Afirmar la positividad de la vida no significa que la vida no nos reserve sufrimientos, que no exista el mal, que no exista la muerte. El problema, amigos, es otro: pero este mal, este pecado, esta muerte, ¿son la última palabra sobre la vida? Es necesario responder a esta pregunta: lo que hay detrás de esta afirmación (la positividad, la inexorable positividad de la realidad), lo que está en juego es si la última palabra de la vida, la finalidad para la que hemos sido hechos, es la nada o es la positividad, el bien que vence sobre la nada. La lucha se produce justamente contra el nihilismo, y por eso hemos tocado una tecla que nos interesa a todos, sobre todo cuando la vida apremia, cuando vemos morir a nuestros amigos. ¿Es la muerte la última palabra sobre la vida de Bizzo? ¿Estáis seguros? ¿Podrías poner la mano en el fuego? Debéis responder a esto: ¿Quién hace la vida ahora, la vida de cada uno de nosotros? ¿Os la dais vosotros, nos la damos a nosotros mismos? ¿Existe o no existe? ¿Podemos decir, al menos como categoría de la posibilidad, que Quien nos la da ahora nos la puede dar para siempre? La categoría de la posibilidad abre una brecha en medio del muro de nuestro escepticismo.

Si, además, hemos empezado a experimentar – por el encuentro que hemos tenido – que la vida puede llegar a ser apasionante, mucho más

de lo que pensábamos antes, y que puede llenarse de significado, entonces esa posibilidad empieza a convertirse en la certeza de que no todo decae, de que no todo termina en la nada, de que hemos empezado a vivir una experiencia de la vida verdaderamente deseable, que antes no pensábamos que pudiese darse hasta este punto: interesante, llena de gusto (como dice uno de vosotros). ¿Qué sucede entonces? «Al empezar a hacer experiencia de esto, me doy cuenta de que deseo cada vez más: con esta apertura, bajo Su mirada, la vida es tan interesante y llena de gusto que ya no quiero vivir por menos de esto». ¿Esto se lo inventa, lo sueña, o es una experiencia presente en la que empieza a tocar que esa vida puede ser cada vez más vida por algo que sucede? Por este motivo uno desea cada vez más: «Por eso te pido ayuda: ¿cómo se puede dilatar esta apertura?». ¿Por qué tiene nuestra amiga el deseo de dilatar su apertura? ¿Qué ha entrevisto en esta apertura? ¿Plantea la pregunta para complicarse la vida o para no perder lo que ya ha comenzado a experimentar? «¿Cómo puede permanecer en la vida esta tensión? ¿Cómo puede este nuevo uso de la razón convertirse en algo constante, y no en una rareza o una excepción pasajera?». Son preguntas que apremian.

O como dice esta otra carta: «Veo la desproporción total entre esa conciencia de mi persona como criatura, que anhela mi corazón, y una concepción reducida de ella. Quería preguntarte: ¿cómo puede la conciencia que ha brotado con tanta claridad estos días [viviendo la muerte de Bizzo], llegar a ser estable, llegar a enraizarse en mí? Veo que se oscurece fácilmente, sepultada por mil preocupaciones. Y así el hecho de vivir pasa de ser una provocación a ser una preocupación». Tiene razón Jesús cuando dice que nos preocupamos – como los paganos – por nuestra falta de certeza: en vez de vernos provocados a descubrir a Dios cada vez más, dejamos que nos superen las preocupaciones. ¿Quién puede responder a esto? ¿Qué puede hacer que se aclare esta conciencia que, en ciertos momentos, como decíamos ayer en la asamblea, se abre a causa de un dolor, como en el caso de la muerte de un amigo? Respondía a la pregunta en la asamblea que tuvimos en Ciencias después de la muerte de Bizzo (podéis leerla en la revista *Huellas* de diciembre). «Una razón capaz de reconocer la realidad en toda su profundidad nace

54 A. Mascagni, «Al mattino», en *Cancionero*, op. cit., p. 352.

y se realiza en el acontecimiento cristiano»<sup>55</sup>, dijimos en la Jornada de apertura de curso. Nosotros participamos de este acontecimiento en la comunidad cristiana, y por ello podemos educarnos en esta capacidad de reconocimiento y hacer que se vuelva estable únicamente si vivimos en la comunidad cristiana. Una comunidad cristiana es una comunidad que nos desafía y nos educa constantemente, porque ni siquiera un suceso doloroso como la muerte consigue mantener abierta la herida: decaemos poco a poco.

De aquí surge la pregunta que escuchamos en la Jornada de apertura de curso, en la carta de aquel chico de Roma: cuando estaba en el hospital todo le parecía nuevo, no daba nada por descontado pero, una semana después de salir de allí, todo volvió a ser plano de nuevo. Ni siquiera una herida como aquella permanece abierta. Pero si ni siquiera un suceso muy doloroso es capaz de abrirnos definitivamente, ¿qué sostiene nuestra esperanza de no decaer después de algún tiempo, de no acostumbrarse de nuevo al *trantrán*?

Podemos empezar a entender entonces lo que Cristo ha introducido en la vida, que permanece en la comunidad cristiana. Que cada uno piense en sí mismo: si no estuviérais aquí, ¿dónde estaríais? ¿Qué apertura tendríais ante la vida? Si la comunidad cristiana es la realidad que nos abre constantemente a la posibilidad de no quedarnos en la apariencia, si nos permite vivir todo esto así, ¿cuál es su valor? ¿Cómo puede un grupo de hombres, de pobrecillos llenos de límites como nosotros – como todos sabemos que somos si somos mínimamente conscientes – ofrecer una contribución tan decisiva a la hora de vivir la realidad con verdad? ¿Acaso somos capaces? ¿Es que no tenemos límites, o que nunca nos equivocamos? Todos sabemos que estamos hasta las cejas de límites pero, a pesar de ellos, no podemos dejar de reconocer que estando juntos tenemos un empuje que no depende de nosotros y que no tiene comparación, que tenemos un deseo vivo, que la herida se vuelve a abrir siempre, que vivimos con la tensión de que la vida sea cada vez más interesante y llena de gusto. «No quiero vivir por menos de esto»: es el deseo que surge en nosotros algunas veces al estar juntos. Entonces

55 J. Carrón, «Vivir siempre intensamente lo real», en *Huellas-Litterae Communionis*, n. 9, octubre 2011, p. IV.

comprendemos que lo que decíamos ayer permanece hoy entre nosotros: «Solo lo divino puede “salvar” al hombre, es decir, las dimensiones verdaderas y esenciales de la figura humana»<sup>56</sup>. Y entonces reconocemos el valor de la comunidad cristiana: si entre nosotros que somos – como dice san Pablo – vasijas de barro, llenas de límites, sucede esta novedad, quiere decir que en estas vasijas de barro que somos reside la fuerza de Otro, que hay una fuerza que viene de lo alto, que hay algo de divino en lo humano de nuestra fragilidad<sup>57</sup>.

Nosotros vemos que Él obra en medio de nosotros, y esto empieza a hacernos gustar la positividad de la vida, la positividad de la realidad. La realidad es positiva porque Él está, porque Él obra en medio de nosotros. Empezamos a experimentar lo que puede ser la realidad cuando Le vemos actuar, no porque seamos capaces, sino porque aceptamos estar dentro de un lugar en donde Él nos permite comprender, experimentar y gustar. Quién es y, por tanto, qué es la vida, qué puede llegar a ser la vida.

Todo esto, ¿es real o no? ¿Es real el hecho de que, sin negar ni un ápice de nuestra distracción, de nuestro mal, de vuestras estupideces, hemos empezado a gustar esto, o se trata de un sueño? Nuestro amigo chino que nos sigue, ¿ha percibido algo o es, también él, un visionario? ¿Es un visionario o hay algo en la realidad que es tan positivo para él, tan deseable, que no quiere perderse nada, y cada vez se pega más, cada vez más manos de cola, como pasó con Juan y Andrés?

Nosotros pensamos que sabemos ya qué es el cristianismo. Pero, como contaba ayer nuestra amiga hablándonos de su amigo chino, es otro – que no sabía ni siquiera quién era Cristo – el que nos dice qué interés tiene Cristo, cuál es Su positividad y qué positividad introduce en la vida. No hay nada de nuevo en esto, porque es lo que se describe en el Evangelio. La mujer cananea, que mendigaba las migajas de los perros, entendía más que muchos en Israel, y por eso les dice Jesús a los israelitas de su tiempo: «Estad atentos, porque vosotros, aunque habéis sido elegidos, podéis quedaros fuera, y otros entrarán en vuestro sitio». Nosotros, que hemos recibido el anuncio cristiano, si no entendemos, si no tenemos la sencillez que nos testimonia nuestro amigo chino, podemos quedarnos fuera con

56 L. Giussani, *Los orígenes de la pretensión cristiana*, op. cit., p. 103.

57 Cf. 2Cor 4,7.

nuestras disquisiciones, con nuestras teorías, con nuestro nihilismo, con todos nuestros pensamientos, porque nos creemos más inteligentes que los demás, como vemos que está sucediendo por todas partes en Occidente. El hecho de que casi no Le reconozcamos cuando lo tenemos ante nosotros, ¿es un signo de inteligencia o es lo contrario? Lo que ve nuestro amigo chino, ¿es una realidad? ¿Cuál es el origen de esta realidad?

Es Alguien real, presente, el que hace que todo sea positivo; no es algo virtual, sino algo que se puede tocar. Como escribía nuestra amiga, el chico chino no se detiene en lo que somos, sino que va más allá, porque lo que le interesa es lo que nosotros portamos. El origen debe ser real, y por eso estamos llamados a vivir la misma experiencia de nuestro amigo en la comunidad cristiana. Y para que esto llegue a ser cada vez más nuestro y nosotros – que hemos sido llamados primero – podamos resistir, nos dice don Giussani: «Una fe que no pudiera percibirse y encontrarse en la experiencia presente, que no pudiera verse confirmada por ella, que no pudiera ser útil para responder a sus exigencias, no podía ser una fe en condiciones de resistir en un mundo donde todo, *todo*, decía y dice lo opuesto a ella»<sup>58</sup>. Daos cuenta, amigos, de que o la fe es una experiencia presente, viviendo la cual encuentro la confirmación de lo deseable, interesante y llena de gusto que puede ser, o no podrá resistir en un mundo en donde todo dice lo opuesto a ella.

En este aspecto tenemos que ayudarnos de verdad. Me ha impresionado muchísimo la carta que dejó escrita nuestro amigo Marco Gallo, el chaval de Monza que murió casi a la vez que Bizzo. Escuchad lo que dice: «Soy Marco Gallo, un chico de Monza de diecisiete años. Ayer, al ir de peregrinación a la beatificación de Juan Pablo II, nació en mí un deseo imperioso de conocerle. He tratado de comprender quién era, y me he quedado muy impresionado con sus palabras: “¡No tengáis miedo! ¡Abrid, más todavía, abrid de par en par las puertas a Cristo! Abrid a su potestad salvadora los confines de los Estados, los sistemas económicos y los políticos, los extensos campos de la cultura, de la civilización y del desarrollo. ¡No tengáis miedo! [cita todo este texto del Papa] Cristo conoce “lo que hay dentro del hombre”. ¡Solo Él lo conoce! Con frecuencia, el hombre

actual no sabe lo que lleva dentro, en lo profundo de su ánimo, de su corazón. Muchas veces se siente inseguro sobre el sentido de su vida en este mundo. Se siente invadido por la duda que se transforma en desesperación. Permitid, pues, – os lo ruego [termina el Papa], os lo imploro con humildad y con confianza – permitid que Cristo hable al hombre. ¡Solo Él tiene pala-bras de vida, sí, de vida eterna!». Y comenta: «Es como si, por fin, alguien me hubiera comprendido». ¡Me quedé de piedra! «Como si alguien me hubiera comprendido...»: esto es lo que él estaba deseando. ¿Y qué quiere decir “comprender”? Nos lo explica a continuación: «Una comprensión que va más allá de la de los amigos y las personas que he conocido». Me ha impresionado, porque nosotros decimos muchas veces: «¿Qué es concreto y qué es abstracto?». Es impresionante que, a través de una persona que ha muerto (Juan Pablo II), al ir a su beatificación le haya entrado la curiosidad de conocerle y que, releendo sus palabras (las que os he leído), él encuentre que por fin alguien le ha entendido. Podemos tener entre nosotros muchas personas que se mueven mucho, que son aparentemente más concretas, pero que no comprenden.

Por eso entiendo perfectamente lo que me escribe uno de vosotros: «Hoy percibo con mayor conciencia, por el camino que he recorrido, que hay un riesgo que siempre está al acecho: nuestro estar juntos puede ser vivido siempre como una compañía bonita, fascinante, llena de iniciativas [como decía Marco de sus amigos], pero no real y totalmente humana. [Puede ser] un estar juntos que se convierte en “amiguismo”: podemos ser cómplices, escondiendo o dejando a un lado el drama de la vida [por eso alguien como Marco, que vivía este drama, no se sentía comprendido: tuvo que leer a alguien que no escondía el drama para sentirse comprendido]. Aun conociendo el “discurso” sobre Cristo, aun viviendo muchas experiencias bonitas y apasionantes, Él puede no llegar a ser “el punto de referencia central en el modo de pensar y de actuar, en las opciones fundamentales de la vida” [como nos ha recordado hace dos semanas Benedicto XVI]. Cuando es así [él está muy preocupado viendo a los amigos que han dejado el CLU], en cuanto uno sale del CLU [cuando deja de estar en el redil junto a todos los demás] y tiene que vivir situaciones de dificultad o de soledad, las certezas repetidas y declaradas muchas veces se deshacen como nieve al sol».

58 L. Giussani, *Educación es un riesgo*, Encuentro, Madrid 2006, p. 19.

Por eso, si nuestro estar juntos no es una experiencia vivida durante el tiempo que estamos en el CLU, en la que verificamos el encuentro que hemos tenido, no podremos resistir. Ya resulta difícil resistir en el tiempo que dura el CLU, imaginad después... La vida apremia, amigos, y entonces debemos aclararnos cuanto antes, para no tener amigos que no nos entiendan y para no estar juntos – como escribía nuestro amigo – como simples “amigotes”.

Don Giussani nos preguntaba qué es una compañía humana, una compañía totalmente humana. Y, para ayudarnos a comprender qué es la compañía, decía: «El ideal del hombre procede del interior del hombre. Cualquier ideal que no brote del hombre mismo [de su experiencia elemental, de su exigencia de verdad, de belleza, de justicia] lo aliena. [...] Buscando el ideal, el hombre llega a ser cada vez más él mismo [...]. El ideal del hombre brota del hombre mismo, y constituye su esencia»<sup>59</sup>. El punto del que parte Giussani para ayudarnos a comprender es la lealtad con nuestro ser hombres, con la exigencia que hay en nosotros de belleza, de justicia, de cumplimiento y de felicidad. Este es el ideal: a partir de aquí, puede uno luego reconocer a los compañeros con los que caminar hacia el mismo destino; la compañía es para el hombre. «Si la compañía es para el hombre, se trata de un fenómeno de relaciones entre hombres que se ayudan a caminar hacia el destino, hacia el ideal. El equívoco radica en invertir la cuestión, haciendo de la compañía el término que domina, el horizonte que domina, la forma dominadora del hombre, de modo que el hombre se convierte en esclavo de ella. En vez de ser la compañía para el hombre, es el hombre para la compañía»<sup>60</sup>.

«Por tanto, aquí radica el equívoco: la compañía puede llegar a ser la traición total del “yo”, en lugar de ser el camino que el “yo” recorre hacia su destino, la ayuda que se le da al hombre para caminar hacia su destino»<sup>61</sup>. La cuestión no es eliminar la compañía, sino ver si es una verdadera compañía para el hombre, para ayudarlo a alcanzar el destino, la plenitud, porque en caso contrario dejará de ser interesante. «Una compañía que es para el hombre, que es por tanto el instrumento que le

acompaña a su destino, es una compañía construida desde el hombre»<sup>62</sup>. Por eso decidimos primero desde ese «recóndito punto de partida»<sup>63</sup> cuál es nuestro ideal, y luego elegimos los amigos. ¿Os dais cuenta de que es lo contrario de lo que pensamos habitualmente? Primero decidimos nosotros a dónde queremos ir, y luego elegimos a los que quieren ir a donde vamos nosotros. El Señor ha puesto en la compañía a algunos que son como profetas, por eso llama dentro de la compañía a algunos que están llamados a gritar ante todos cuál es el significado de la vida. Da a algunos la vocación a la virginidad para que griten a todos el sentido y el significado de la vida. Los elige, llamándoles por su nombre, para ponerlos ante todos nosotros como profetas, para decirnos, con su forma de vivir, para qué hemos sido hechos, de modo que, viéndoles, podamos tener luz en medio de la oscuridad: ¡mira, esto es vivir, por esto vale la pena vivir!

Para explicar qué es la virginidad, don Giussani dice: «La virginidad es la subversión, la revolución de la relación habitual [de este modo nos ayuda a comprender cuál es la verdad de nuestra relación. Y, ¿cuál es la relación habitual?]. Normalmente, se llega a la relación con Dios “a través” de la realidad creada – a partir de uno mismo o del mundo –, se llega a ella como una consecuencia. La virginidad [en cambio] subvierte, revoluciona esta relación [...]: lo primero, *primum*, lo preponderante [...] es Cristo en mí, y la relación con la realidad se establece a partir de Él»<sup>64</sup>, que aferra de tal manera al hombre, que le fascina de tal manera, que le llama de tal modo a una relación con Él, que a través de esa plenitud entra en una relación libre y gratuita con todo. Lo que os decía ayer era como el punto de partida: todos podéis comprender qué pasó la primera vez que visteis a vuestra novia, o a vuestro novio, y esa relación, absolutamente única, virginal y gratuita, tuvo una intensidad mayor que cualquier momento posterior. Para permitirnos comprender cuál es la verdad de la relación que tenéis con vuestra novia o vuestro novio, el Misterio llama a algunos para ser profetas de la verdad de la relación, de aquello que también a ti te gustaría vivir con tu novia o con tu novio.

59 L. Giussani, «El ideal y la compañía», en *CL-Litterae Communionis*, n. 5, mayo 1994, pp. 19-26.

60 *Ibidem*.

61 *Ibidem*.

62 *Ibidem*.

63 L. Giussani, *El sentido religioso*, op. cit., p. 176.

64 L. Giussani, Directorio de los *Memores Domini*.

Y en vez de dar una clase, lo hace suceder, llama a algunos y los pone delante de todos para decir: «Chicos, en esto consiste vivir», para que no se pierda el significado de la compañía, de nuestro estar juntos.

¿Cómo reconocer, entonces, una compañía verdadera? Una compañía es verdadera cuando me introduce en una experiencia en la que puedo aprender a usar la razón. Escuchad estos dos textos de Giussani que explican el trabajo que hay que hacer, sobre el que ayer pedíais una ayuda. El primero es este: «El problema de *El sentido religioso* es ayudarnos a comprender que el horizonte humano no se agota en lo que se ve y se toca. [Estamos tratando de comprender que el horizonte humano no se agota en lo que se ve y se toca, que es solo la apariencia. Pero, ¿cómo puedo comprender que las cosas no terminan en lo que se ve y se toca?]. Esto supone un cierto ejercicio: es ejercitando la razón en función de la fe [es decir, del reconocimiento de lo que no se ve y no se toca] – la fe como gracia que hace florecer la razón –, [es justamente el acontecimiento del cristianismo lo que hace florecer la razón] es ejercitando la propia vida racional como, más o menos lentamente, el “como si Dios no existiese” se convierte en el Dios que se ve, en el Dios que se siente, en el Dios que se vuelve amigo»<sup>65</sup>. Don Giussani nos invita y nos ofrece un camino que debemos recorrer usando la razón, blandiendo la razón. Porque si tú te reduces a lo que sientes, al estado de ánimo, estás acabado y te ahogas; pero también ahí puedes usar la razón y no reducirte a lo que en ese momento te ahoga. A nosotros esto nos parece una complicación, pero Giussani nos ofrece un camino: podemos seguirlo para salir de este positivismo asfixiante, para abrir las ventanas y usar la razón según su verdadera naturaleza. ¿Cómo? Ejercitando la propia vida racional. Y entonces, lo que llamamos vivir «como si Dios no existiese», como ateos, se convierte en el Dios que se ve, que se toca y se siente. Podemos decidir.

El segundo texto describe una compañía capaz de hacernos superar la fractura entre el reconocimiento y el afecto, el otro gran tema. «El nexo entre reconocimiento y afecto es la última trinchera de la batalla. Que, con el tiempo, el reconocimiento de que Dios existe [que es lo que

reconoce la razón] se haga estable, alcance una cierta estabilidad, es suficientemente fácil [si uno empieza a hacerlo, esto se da con el tiempo]. Lo más difícil es que [mirad cómo lo dice, ¡es precioso!], desde este Dios que existe, que casi se ve [cuando uno usa bien la razón], se pase al afecto por Él [Este es el paso: que ese Dios que nosotros reconocemos se vuelva cada vez más familiar, hasta el punto de experimentar un afecto por Él]. Esta falta de afecto se ve superada por la madurez ulterior: el tiempo hace su trabajo si están bien planteadas las cosas, es decir, si uno sabe qué es la razón, si se deja asombrar, si se da cuenta de qué es la fe [...], de la invitación que encierra cada cosa: [porque] todo es signo. Si uno se percató de esto, si empieza a divisar la gran presencia [pero no como una cuestión sentimental: uno empieza a mirar las cosas reales, como en el ejemplo de la felicitación, y a través de la felicitación empieza a divisar un “tú”. Y si uno se acostumbra a mirar la realidad como el primer reclamo del “Tú”, como el modo con el que el “Tú” se hace presente], entonces el tiempo que pasa nos la acerca, la vuelve casi una presencia continua, y hace que esta continua presencia sea cada vez más fácilmente objeto de nuestro afecto, una presencia que atraviesa, que está dentro del rostro de la mujer a la que amas y que está dentro del rostro de las montañas que contemplas. Hace falta tiempo, pero antes aún hace falta que estén bien planteadas las cosas»<sup>66</sup>. Solo si empezamos a recorrer este camino que estamos haciendo juntos, que nos hace no detenernos en la apariencia, sino usar cada vez más la razón según su naturaleza hasta llegar al “Tú”, como describe el capítulo décimo de *El sentido religioso*, solo así crecerá cada vez más nuestro afecto por este “Tú”. Si no crece nuestro afecto por este “Tú”, sin el reconocimiento que se convierte en afecto, sin una razón cargada de amor, no podremos saber hasta el fondo en qué consiste la positividad de la realidad, porque la positividad de la realidad es Él. Pero esto se produce con el paso del tiempo, sin medir y sin escandalizarnos de nadie. Nuestra vida no es sino una tensión, y si uno gana en paciencia con el tiempo, la positividad de la realidad se volverá cada vez más suya, cada vez más nuestra, hasta el punto de que no nos contentaremos con menos de esto.

65 L. Giussani, *Ciò che abbiamo di più caro* (1988-1989), op. cit., pp. 228-229.

66 *Ibidem*, p. 229.

Por tanto, ¿cuál es la verificación última de que una compañía es verdadera? La verificación es que nos introduce en la oración según un concepto de oración que no es ante todo algo piadoso, porque la oración es conciencia última de uno mismo, conciencia de dependencia constitutiva, y representa el tejido del sentimiento de sí mismo que tenía Cristo. Él siempre estaba en relación con el Padre, y entró en la historia para testimoniarnos esto: «En verdad os digo: el Hijo no puede hacer nada por su cuenta sino lo que viere hacer al Padre»<sup>67</sup>. Al entrar en la historia, Cristo nos ha testimoniado su relación con el Padre, una relación que le constituye: esta es la vida verdadera del hombre. Por eso, si vivimos así la oración, resurge y toma consistencia la existencia humana, porque caer en la cuenta de la dependencia original no significa simplemente tomar conciencia de un pasado (el momento en que nacimos), del gesto que nos ha creado; la dependencia del hombre, por el contrario, es continua, y está presente en cada instante, en cada matiz de nuestra acción. Cada fragmento de nuestra existencia tiene su origen total en el misterio del Ser. Dios es nuestro verdadero padre, nos está generando ahora; pero nosotros podemos vivir como hijos, con la conciencia de tener un padre, o como huérfanos. Más aún, podemos decir que tenemos un padre que nos genera ahora y vivir como huérfanos muchas veces. ¿Cuántas veces decimos que estamos solos? Lo único que elimina para siempre la soledad es tomar conciencia de Él, de nuestro Padre, porque la existencia se realiza sustancialmente como diálogo con la gran Presencia que la constituye, con este Compañero que no se puede separar de nosotros.

«La compañía está en el “yo”»<sup>68</sup>. ¿Por qué es así? Porque yo, si tomo conciencia de mí mismo hasta el fondo ahora, no puedo dejar de reconocer la fuente de la que procede el chorro que yo soy: yo soy Tú que me haces ahora. Toda amistad humana es solo el reflejo de la estructura original del ser. Entonces la oración no es un gesto aparte, sino que es la dimensión de cada acción, de cada instante: la conciencia de que hay Otro que me hace es la dimensión de cualquier cosa. Pero, atención, si es la dimensión de cada cosa, ¿por qué debo hacer un acto de

oración, por qué en ciertos momentos debo rezar? Mirad lo que dice don Giussani: «El acto de oración será necesario para adiestrarnos en esa conciencia de la acción»<sup>69</sup>. Si no nos parásemos algunos momentos para “adiestrarnos”, sabemos perfectamente que viviríamos cada acción distraídos. Para entrenarnos en esto debemos rezar con esta conciencia.

«La expresión plena de la oración es la de ser *petición*. [...] La evidencia de nuestra dependencia última y total no puede traducirse existencialmente mas que en súplica. El que nos hace, nos hace *vida*: el caer en la cuenta de Aquel que nos hace coincide con la petición de que nos haga vida. Nosotros estamos hechos como “inclinación hacia” y sed de vida. Si la gran conciencia [...] no se traduce en súplica [en petición de esta vida], no es una conciencia verdadera». Esta es nuestra esperanza, y «la oración es solo pedir, pedir, pedir con motivo de cualquier cosa»<sup>70</sup>. Viendo cómo responde Jesús a nuestra petición, viendo la vida que nos comunica, sorprendiéndonos de la sobreabundancia de vida que Él nos da, podremos comprender por fin la inexorable positividad de la realidad, no como una frase a repetir, sino como una experiencia a vivir con el asombro de Aquel que llena la vida de vida, una experiencia que ni siquiera la muerte, el sufrimiento o la oscuridad pueden derrotar. Si se queda como una mera frase, la inexorable positividad de la realidad puede entrar en crisis ante el primer cambio de estado de ánimo: ¡imaginad lo que pasará ante la muerte o el sufrimiento! Solo esta vida, esta sobreabundancia de vida, que nunca habríamos podido soñar y que Cristo ha traído a la historia – «He venido para que tengan vida y la tengan abundante»<sup>71</sup> –, puede convencernos de la positividad inexorable de la realidad, de que nada puede amenazarla, de que nada puede derrotarla, de que siempre es posible reconocer Su victoria sobre la nada, sobre el sufrimiento o sobre la muerte. Pero este significado se revela únicamente a los que, aceptando participar de la presencia de Cristo en la compañía cristiana, participan en esa experiencia en la que uno siempre recibe la vida. Nosotros no somos un club que organiza eventos, vacaciones o iniciativas. Somos el lugar que Cristo genera constantemente con Su presencia, que nos llena

67 Jn 5,19.

68 L. Giussani, *Los orígenes de la pretensión cristiana*, op. cit., p. 112.

69 *Ibidem*.

70 *Ibidem*, pp. 112.114.

71 Jn 10,10.

de vida. Esto es lo que cada uno de nosotros tiene que haber divisado por el hecho mismo de estar aquí; si no fuera así, ninguno de nosotros estaría aquí. Nuestra misma presencia aquí testimonia, grita que Su presencia se puede experimentar. Estamos juntos para que esta experiencia llegue a ser cada vez más nuestra, más grande, y llegue a dominar sobre todo y sobre todos.

<b>INTRODUCCIÓN</b>	
9 de diciembre, por la noche	3
<hr/>	
<b>LECCIÓN</b>	
10 de diciembre, por la mañana	9
<hr/>	
<b>ASAMBLEA</b>	
10 de diciembre, por la tarde	29
<hr/>	
<b>TESTIMONIO</b>	
10 de diciembre, por la noche	45
<hr/>	
<b>SÍNTESIS</b>	
11 de diciembre, por la mañana	57
<hr/>	